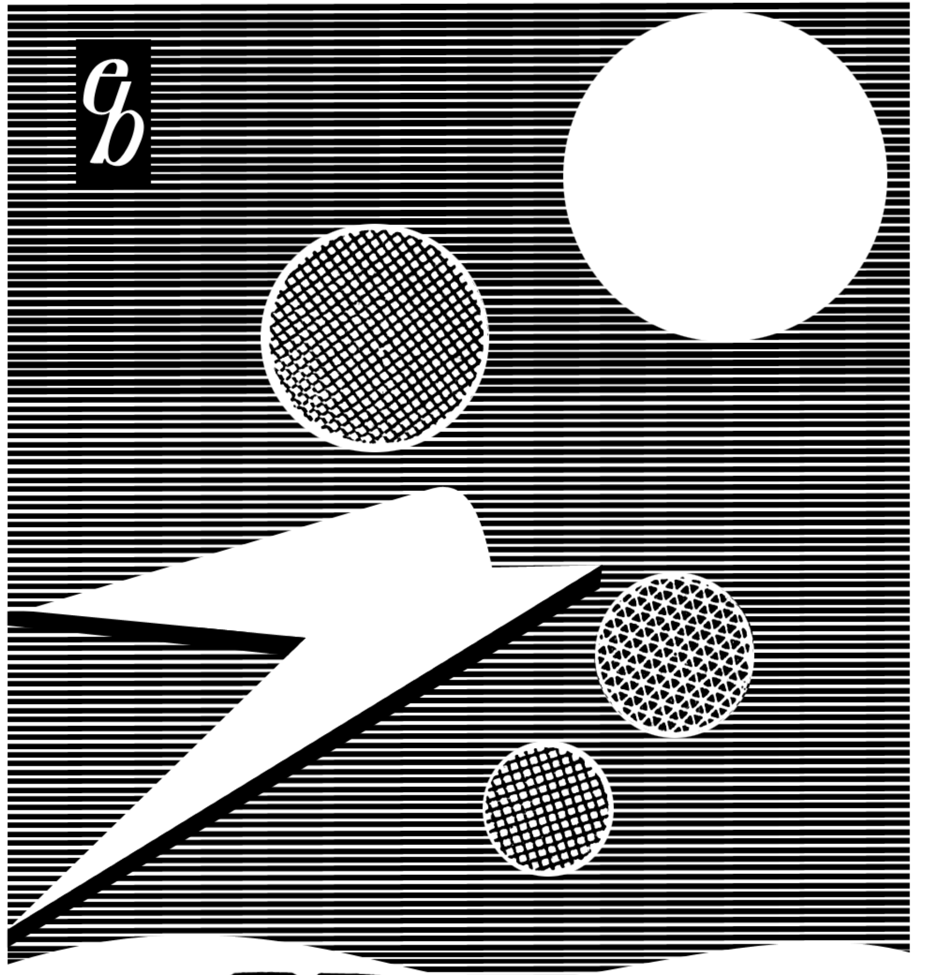


TODOS LOS ROSTROS DEL PANICO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION

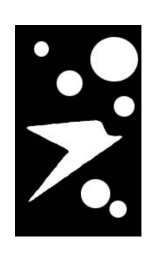


LA CONQUISTA DEL ESPACIO

CURTIS GARLAND

TODOS LOS ROSTROS DEL PANICO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 145
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1973

PROLOGO

LA PASAJERA

Pamela Harris cerró su plano maletín oscuro. Se incorporó, encaminándose a por su impermeable amarillo y su gorrito.

Caminó, con todo ello, hacia la salida del encristalado pabellón. Seguía lloviendo con fuerza en el exterior.

Escudriñó a través de la gran vidriera, mientras se cubría con el impermeable. El helicóptero aún no se había posado en la plataforma del Centro.

Esperó, encendiendo un cigarrillo. Por simple rutina, miró su reloj. El trabajo, las últimas temporadas, había sido agobiante. Por fortuna, ahora había decrecido lo suficiente para que el Viejo le concediese una semana de sosiego y reposo, lejos de la urbe. Y, sobre todo, lejos del Centro de Investigación.

Contempló las luces ciudadanas, borrosas por el aguacero que corría sobre los cristales y descendía torrencial del nublado cielo nocturno. El helicóptero se retrasaba demasiado.

Desde la centralilla de fonovisión la llamaron:

—Señorita Harris, preguntan por usted.

Se volvió indiferente. Preguntó, con tono escueto:

—¿De parte de quién?

La telefonista sonrió,

—Del señor Banner, por supuesto. Dice que es urgente.

—Dígale al señor Banner que no tengo nada que decirle, ni nada que escucharle —replicó fríamente

Pamela—. Sus llamadas son todas perfectamente inútiles.

—Pero él ha insistido en que…

—Por mucho que insista, mi respuesta es «no».

—Bien, señorita Harris—aceptó la telefonista. Se inclinó, con un suspiro, contemplando el atractivo rostro varonil de Banner, en la pantallita de televisión estereoscópica acoplada a la línea telefónica. —Luego, pulsó la tecla, para informar escuetamente al comunicante—: Lo siento, señor Banner. La señorita Harris se niega a comunicarse con usted.

—Por favor, insista aún—pidió Banner, con una extraña entonación—. Dígale que…

—No puedo decirle ya nada—respondió la operaría, interrumpiéndole—. Acaba de abandonar el pabellón.

—Dios mió…—es lo único que murmuró Banner.

La operadora le contempló una vez más con admiración muy femenina, y cortó la conexión. La faz varonil de Bruce Banner, se borró en la pantalla.

—Se demoró usted mucho, George—le dijo Pamela al piloto del helicóptero, tratando de ser oída a través del ruido de la lluvia y de las hélices del vehículo.

—Lo siento, señorita Harris—se excusó el piloto—. Hubo un servicio inesperado de emergencia. Un accidente. Había heridos.

—Bien, entonces vamos hacia allá —pidió Pamela —. Lo antes posible. Me temo que amenaza temporal más fuerte, posiblemente eléctrico. Me gustaría estar

en casa antes de que eso suceda, George.

—No ofrecerá la menor dificultad, señorita —habló el piloto, risueño-—. He hecho cosas más difíciles.

Se acomodó en la confortable cabina del amplio helicóptero-taxi, capaz para seis personas en asientos cómodos, con ventanillas al exterior, tras el asiento del piloto, y respiró hondo.

Abajo, quedó, luminoso, resplandeciente, el Centro de Investigación. Su lugar de trabajo. El que no vería ya en una semana llena de gratos ocios.

Guando menos, eso es lo que pensaba ella. La realidad, por desgracia, iba a ser muy diferente para Pamela Harris, la mujer orgullosa y enérgica que se negó a atender una llamada del hombre que, poco tiempo atrás, iba a ser su esposo.

Si hubiera atendido esa llamada, tal vez todo hubiera sido diferente.

Pero eso, aunque ella lo ignorase, ya no tenía remedio.

* * *

El primer relámpago iluminó violentamente el cielo, con tonos lívidos. El estallido del trueno hizo vibrar la estructura del helicóptero. Preocupada, Pamela miró afuera.

No vio gran cosa a través de la ventanilla. Sólo lluvia, golpeando el vidrio. Más allá, la profunda oscuridad, que de repente se quebró con un deslumbrante chispazo. Otro trueno retumbó sobre sus

cabezas.

—Ya está aquí la tormenta —musitó Pamela* Se dirigió al piloto—. George, ¿falta poco para llegar?

—Muy poco, señorita Harris. Dentro de unos minutos llegaremos a Garden City.

Pero George estaba particularmente lento esta noche. O acaso la lluvia y el temporal dificultaban el vuelo, retrasando el helicóptero.

Y no era así. Incluso la respuesta de George era vaga: «Dentro de unos minutos…»

Unos minutos, sí. Pero ¿cuántos? George acostumbraba a ser escueto en eso, a señalar con precisión las distancias y tiempos.

Transcurrieron varios minutos. El helitaxi daba bandazos, agitado por ráfagas de viento y lluvia. Pese a su proverbial estabilidad, Pamela empezó a inquietarse.

—George, ¿qué sucede? —demandó, tensa, inclinándose hacia el piloto—. Ya deberíamos haber llegado…

—Cierto, señorita Harris —admitió el taxista aéreo. Se volvió, con el ceño fruncido—. No sé lo que ocurre, pero los instrumentos de a bordo parecen funcionar bien, la brújula en especial. Sin embargo, lo que veo allá abajo no es Garden City, ni mucho menos.

—¿Qué ve, exactamente?

—Una población de extrarradio, eso sin duda. Pero no es Garden City. Le falta el pan parque, las luces… No tengo idea del lugar en que estamos. Y lo peor es que confiaba en reponer combustible en el aeroservicio de Garden City. No llevo reserva

suficiente para prolongar mucho el vuelo. De modo que descenderemos, a ver cuál es el servicio más próximo, y de ese modo saldremos también de dudas.

—¿Cómo pudo suceder, George? Usted nunca se equivocó de camino…

—Ni tampoco creo haberlo equivocado ahora —rechazó él—. Mire: la ruta señalada es la adecuada, la brújula funciona, la altura es la precisa… Es algo que no puedo entender. Tal vez una avería, un fallo en la orientación, nos haya podido llevar a otra zona residencial suburbana, como Riverville o Port Town.

—Está bien —suspiró ella—. Descienda.

Un trallazo de luz lívida acompañó desde lo alto su descenso en vertical sobre un páramo inmediato a un conglomerado de edificios apenas visibles en la oscuridad. Lo raro es que no había luz visible alguna.

Pamela se dijo que, posiblemente, el temporal hubiese averiado las luces de aquella ignorada población, que no era capaz de identificar en la oscuridad.

El helicóptero ya se estaba posando en tierra firme. Alrededor, no podía decirse, a la luz que prestaban espaciadamente los relámpagos, que hubiera un paisaje acogedor. La llanura era amplia, la tierra oscura, el cielo negro, surcado por el zigzag de los chispazos tormentosos, y la población cercana, no demasiado grande al parecer, no ofrecía ni una sola luz en sus calles.

George detuvo el motor, para no consumir gasolina inútilmente. Miró en derredor, incorporándose en su asiento. Sacudió la cabeza, perplejo.

—Que me ahorquen si sé dónde estamos, señorita Harris —manifestó asombrado—. Nunca he visto este lugar antes de ahora.

—Yo tampoco —convino secamente Pamela. Le miró, algo irritada—. Pero yo soy la viajera, y usted el taxista.

—Perdone. Es cierto —su gesto grave revelaba preocupación. Saltó fuera de la cabina. Miró a lo alto —. Llueve menos. Pero hace frío...

Pamela no contestó nada. Dentro del helicóptero, con su luz suave, azulada, y sus confortables asientos de la cabina de pasaje, se sentía protegida del clima exterior.

George, el taxista, caminó unos pasos, hacia la población cercana, totalmente silenciosa y oscura. Se detuvo ante un poste con un tablón cruzado. Perplejo, pareció desorientarse ante aquella muestra de antigüedad inexplicable en las modernas ciudades.

—Eh ¿ha visto esto? —le oyó ella mascullar—. ¿Oyó hablar alguna vez de un lugar llamado... Montemort?

—¿Montemort? —Pamela arrugó el ceño. Sacudió la cabeza—. 'No, en absoluto. Nunca lo oí mencionar.

—Mi trabajo consiste en viajar de acá para allá, señorita Harris. Pero jamás me pidió nadie que le condujera a Montemort. Sin embargo, es el nombre que reza en ese tablón.

—¡Espere! —le detuvo Pamela—. Deje ahora la guía. Mire aquello. Vale más preguntar y salir de dudas, ¿no cree?

George giró la cabeza, buscando lo que ella le

señalaba con dedo rígido. Enarcó las cejas, sorprendido.

—Cielos. Gente, por fin... Y luces —masculló.

—Si. Gente y luces. Son varias personas, Al menos, una docena. Quizá más. Llevan luces, George.

—Sí, pero... luces de... llama. Velones, antorchas o algo así —se sorprendió el taxista.

Pamela afirmó en silencio, la vista fija en aquella especie de procesión de figuras humanas oscuras, y llamas como de hachones o antorchas, agitándose a impulsos del frió aire de la noche.

En una época en que las luces eran todas de origen nuclear, o producidas por baterías de energía propia, ver oscilar una llama resultaba tan anacrónico como imaginarse a un viajero a caballo o en diligencia.

—No tiene el menor sentido —declaró George. , —Lo tenga o no, hay que hacer algo. Vaya a averiguar algo, por Dios. Empiezo a sentir frío aquí dentro.

—Sí, es cierto. Perdone. Creo que me siento aturdido... —echó a andar, decidido, con su larga zancada, hacia Montemort o como se llamase aquel extraño e ignorado lugar.

Pamela Harris le vio partir. Respiró hondo, echándose atrás en el confortable asiento. Encendió un cigarrillo. Todo aquello era ridículo. Pero molesto también. Ansiaba sentirse en su casa, tranquila y confortablemente aposentada.

George se perdió en las sombras, y Pamela esperó tranquila. Pronto sabrían, cuando menos, dónde se hallaban. Y dónde encontrar un aeroservicio, aunque hubiese que ir a él andando,

George tardaba en regresar. A los dos o tres minutos, Pamela empezó a impacientarse. Y recordó que estaba sola. Sola en la noche.

No era miedosa ni impresionable, ciertamente. No le causó ningún miedo todo eso. Pero se sorprendió de la demora de George.

—¿Dónde se habrá metido ese necio? —se preguntó en voz alta, irritada.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Se puso en pie. Asomó al oscuro exterior. La luz del helicóptero, inmóvil en el llano, era ahora la única claridad visible. Ni rastro de los hachones, antorchas o cirios. Ni de sus portadores.

Todo era oscuridad. Algún relámpago que otro, ya más lejanos e intermitentes, mostraba los perfiles sombríos de la población. Había algo raro, insólito. No supo qué podía ser. Empezaba a sentirse nerviosa.

De repente, un alarido terrible surcó la noche.

Fue un grito agónico, un estertor agudo y desgarrador, procedente de alguna parte. Un alarido con mezcla de dolor, terror incluso.

Una voz de hombre...

—¡George! —gritó ella, angustiada.

Y sintió un frío profundo y sutil agitando su cuerpo.

* * *

Era lo que sentía ahora. Por vez primera en su vida, Pamela Harris sentía miedo. Estaba asustada. Con miedo.

No sabía siquiera de qué ni por qué, Pero eso, evidentemente, era miedo. Una incertidumbre profunda envolvía sus pensamientos, sus temores, tras el grito agudo de ese hombre. Un hombre que, sin duda, era George» Había podido identificar perfectamente su voz. Y ahora, todo era silencio.

Pamela Harris era valerosa. Su condición de mujer científica, la hacía sentirse siempre segura de sí misma, y capaz de analizar fríamente cualquier acontecimiento por extraño e insólito que éste pareciese.

Avanzó hasta el mismo tablón que, en una encrucijada inmediata, recordaba viejos tiempos, acaso épocas medievales, cuando el nombre de los lugares se marcaba así, con unas simples tablas y un nombre escrito con pintura negra.

MONTEMORT

—Montemort... —leyó Pamela, perpleja—. En caracteres *góticos.,.*

Se encogió de hombros, pero miró alrededor, con incertidumbre. Un villorrio en sombras, luces de antorchas o hachones, un tablón de encrucijada, sobre un poste rudimentario, un nombre ciudadano en letras góticas...

Inaudito. Completamente fuera de lo razonable y de lo previsible... en el año 2000.

Sin embargo, era así. Pamela Harris tenía demasiado lúcida su mente para rechazar lo que era indiscutible» No estaba viendo alucinaciones. No

imaginaba cosas.

Además, George era alguien que *existía*. Un viejo conocido, taxista de helicópteros de alquiler. Y él no estaba. No había vuelto.

Miró al cielo, ceñudo de nubarrones y de lejanos relampagueos. Apenas si lloviznaba ligeramente ya. Pisoteó charcos de agua en la oscuridad. El aire era frío, desapacible y húmedo.

Pamela Harris siguió adelante, decidida. El poste quedó atrás, con su extraño nombre en caracteres góticos: Montemort...

Y Montemort, o lo que fuese aquel lugar desconocido para Pamela, emergió de repente ante ella, al volver un recodo pedregoso, con peñascos, arbustos... y una viejísima cruz de piedra, medio rota.

Pamela tuvo la extraña impresión de que se hallaba en el pasado, en tiempos lejanos y olvidados. Como si hubiera atravesado un fantástico túnel del tiempo.

Del suelo mojado, encharcado, empezaba a subir una neblina tenue, como humo, que se enroscaba a las piernas bien torneadas de la joven investigadora. Ella miró, sorprendida, a sus pies. Era rara aquella bruma. No sabía que hubiese tales fenómenos en esa región. Estuviese donde estuviese, a causa del fallo del helicóptero-taxi, la distancia a la ciudad no era grande. Que ella supiera, no existían pantanos ni ciénagas en torno.

—-No lo entiendo... —susurró—. No lo entiendo...

Siguió adelante, pese a todo. Era demasiado firme y decidida para no hacerlo así. No era fácil amedrentar

a Pamela Harris. Avanzó en la neblina. Esta aumentaba, se hacía más densa, más fría y viscosa. Sentía su caricia gélida, casi de ultratumba.

Frente a ella, jirones de bruma parecieron rasgarse de repente. Los ojos de Pamela se clavaron en algo. Una sombra que se erguía ante ella, apuntando a la noche.

Un edificio. Torres sobrias, de piedra, recortándose en la oscuridad. Una iglesia, sin duda, pensó Pamela.

—No... —musitó, negando con la cabeza vivamente—. No es una iglesia, exactamente. Es... una abadía.

Una vieja abadía. ¿Gótica? Pamela estuvo segura de que no. Era más sobria, menos recargada. El estilo arquitectónico le vino en seguida a la mente, ante la sobriedad ascética de aquellas líneas de piedra:

—Románica... ¡Una abadía *románica!*

No sabía de ninguna en la vecindad de la capital. Pero obviamente, allí había una.

Más allá, sombras densas, oscuras. Edificios. Muros de piedra vieja. Arbustos, silencio. Ni una luz.

Bajó la cabeza. Algo se interponía entre ella y la abadía. Algo que notó frío, cubierto de humedad y moho. El óxido crujió contra su piel y la manchó de polvillo cárdeno.

Metal. Hierro viejo. Una valla no muy alta. Una cerca en torno a alguna parte.

La bruma revoloteó entre formas de piedra y hierba. Los ojos de Pamela se dilataron incrédulos, al ver lo que había entre ella y la abadía.

Piedras, hierbajos, figuras de ángeles y de

crucifijos en piedra, medio quebrados por el tiempo y el abandono… Lápidas, panteones, cruces…

—¡Un cementerio! —susurró, aturdida, Pamela Harris—. ¡Imposible…!

Si, Parecía imposible. En los albores del siglo XXI, no existían cementerios en ninguna parte. La incineración, la **crionización** y otros métodos asépticos, racionales y modernos, habían eliminado las cada vez más amplias, inútiles y sensibleras «ciudades para los muertos», pompas fúnebres, municipios y entidades similares.

Ahora, como si fuera cierto aquel insólito «salto atrás **en** el Tiempo», Pamela Harris se enfrentaba a… un cementerio. Un viejo, anacrónico y fantasmal cementerio.

Un cementerio… en el siglo XXI. Y Pamela hubiera jurado que aquel cementerio era también de estilo románico. Como la abadía, como la cruz del camino, como el tablón en el poste de la encrucijada… Como todo el pueblo, quizá. El pueblo misterioso, surgido de la noche. El pueblo que podía llamarse, conforme decía el poste de letras góticas… Montemort.

Monte de los Muertos.

—Monte de Muerte… Monte de Muertos… —jadeó Pamela. Sacudió la cabeza, aturdida—. No, no puede ser. Es como una pesadilla. Una fantasía… No existen estas ruinas, ni esa abadía… Nunca oí hablar de todo esto. Y ese cementerio… ¡Todo es ridículo! Chirrió la puerta metálica de la verja al apoyarse en ella Pamela. Cedió esa puerta. Y ella tropezó, cayendo hacia adentro, hundiendo un pie en agua y fango.

Lanzó un gemido de sobresalto. Su fría y lúcida mente científica empezaba a fallar. También su valor y determinación, había algo en todo aquello. Algo extraño y, quizá, siniestro.

Avanzó, recuperando el equilibrio. Contempló cementerio. Se movió entre repente, tuvo una sensación extraña, estaba sola. A su espalda, se produjo un roce, un susurro.

Se volvió sobresaltada, pero también con cierto alivio.

—George... —comenzó—. ¿Es usted...?

Se ahogó su voz en la garganta. Cuando menos, sus palabras. Un alarido largo, terrible, desgarrador, brotó repentinamente abierta en una crispación de horror. Se desorbitaron sus ojos,

No… no—jadeó—. ¡NOOO...!

Y lo que vio, el horror que descubrió moviéndose hacia ella, ahogó en su voz todo otro sonido

Algo se movió. Algo la alcanzó. Algo rozó su piel, con viscosa frialdad. Y no era bruma. No era niebla. Era algo más sólido, más tangible... *Algo* horrendo, increíble...

Repitió Pamela Harris su alarido de pavor. Como antes el grito de pánico de George, el se perdió en la noche.

Y *aquello* la envolvió, la hundió en una zona siniestra, donde se ahogaba todo sonido,

PRIMERA PARTE

LA ABADIA

1

DESAPARICIONES

—Bien, Bruce, ¿Y qué?

—¿Preguntas eso? —Bruce Banner se paró en seco, mirando atónito a su interlocutor—. Precisamente tú...

—No hay razón para que no la haga —suspiró el doctor Nils Bergman—. No entiendo qué es lo que te preocupa, Bruce.

—No dije qué, sino quién.

—Bien. ¿Quién te preocupa? —Bergam encendió calmosamente su pipa, y exhaló una bocanada de humo.

—Pamela —respondió Banner.

—Pamela Harris no es persona que pueda causar preocupación a nadie —rió Nils Bergman, sacudiendo

su rubia cabeza nórdica—. Ella sabe arreglárselas sola muy bien. En cualquier circunstancia.

—No estoy tan seguro —rechazó Bruce, sacudiendo la cabeza—. Incluso Pamela puede sentirse en apuros.

—¿Qué apuros? —indagó el doctor Bergman.

—Quisiera saberlo, Nils.

—¿Cómo? —se sorprendió el científico, mirándole perplejo. Se quitó la pipa de los labios—¿Te preocupas por ella, y no sabes siquiera por qué?

—Tengo una cierta idea, pero no es suficiente. Por eso la llamé anoche. Quería saber de ella, avisarla, que no fuese a casa. Hoy la he llamado en repetidas ocasiones. En todos los casos fue igual. No respondió nadie.

—Quizá se marchó fuera de la ciudad, de su casa...

—No. Pamela no se iría a ninguna parte, estando de vacaciones. Se quedaría a disfrutar de ellas en su casa.

—Entonces, ¿qué te preocupa de todo esto?

—El viaje nocturno de Pamela.

—¿Por qué? —se intrigó el profesor Bergman.

Bruce Baimer paseó por la estancia, con gesto reflexivo.

—Pamela vive en la zona residencial de los técnicos y expertos del Gobierno, Nils. Eso no tiene por sí solo nada de particular. Es más, se trata de algo rutinario. Igual que ella existen una gran cantidad de personas que dependen de centros oficiales.

—Sigo sin entender nada —comentó Nils.

—Quizá entiendas algo cuando te diga que Brenda

Deming ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —Nils Bergman enarcó las cejas —, ¿La joven Brenda Deming, del Departamento de Electrónica?

—Exactamente. Desapareció hace dos días. En su camino a la zona residencial.

—¿Nadie ha dado con ella, viva o muerta?

—Nadie, Nils.

—Y supones que a Pamela… le ha sucedido igual.

—Parece ser el caso. Me lo temí anoche, cuando supe que, junto a ella, había desaparecido el piloto de su helitaxi, y que este fue hallado, abandonado, en un llano situado en dirección completamente opuesta a la que hubiera seguido en buena lógica.

—¿Señales de violencia?

—Ninguna, Nils.

—Lo siento, pero no veo nada claro.

—Yo tampoco. Sin embargo, anoche me asusté.

—¿Por qué motivo? No podías esperar que se repitiese el hecho…

—No lo esperaba. Pero algo sí se estaba *repitiendo* en esos momentos.

—¿Qué pasa, Bruce?

—La tempestad.

—¿Tempestad? —el doctor enarcó las cejas—. ¿Qué tempestad? No hubo ninguna anoche…

—En el sector urbano donde vives, tal vez no. Sólo en la zona norte de la ciudad. Justamente donde está el Centro de Investigación.

—Bueno, a veces hay temporales localizados en un solo punto limitado. ¿Eso tiene trascendencia, Bruce?

—La tiene. Dos noches antes, se repitió ese temporal. Fue cuando desaparecieron Brenda Deming y su chófer. Anoche, comprobé que el temporal se repetía en el mismo punto de la ciudad, y a la misma hora... después de todo un día y una noche totalmente despejados. Me preocupó. Cuando fui al Centro, ella se había ausentado ya. No había temporal. Se había interrumpido de súbito, tan inexplicable y bruscamente como cuarenta y ocho horas antes. Era muy casual.

—¿Has denunciado todo eso a la policía?

—No, aún no.

—¿Por qué no?

—¿Qué puedo decirles? Referido aquí, contigo como oyente, suena con cierta verosimilitud. En un atestado policial, resultaría absurdo. No tengo nada en que apoyarme. La policía cree que Brenda Deming pudo ser raptada. Y quizá lo fue, no puedo saberlo. Pero los demás detalles carecen de sentido. Ningún raptor puede provocar un temporal Eso está por encima de cualquier ser humano, a menos que se trate de un grupo científico al servicio de algún Gobierno.

—¿Espionaje? ¿Sugieres eso, Bruce?

—Es una posibilidad. Sólo una posibilidad, nada cierto ni seguro. Pero Brenda Deming y Pamela Harris no son suficientemente importantes como para que se muevan potencias extrañas para secuestrarlas. No tendría mucho sentido hacer desaparecer a simples funcionarías.

—Pues sinceramente, Bruce, no veo adonde vas a para con todo eso.

—Tampoco yo. Pero estoy preocupado. Voy a buscar a Pamela. Y al helitaxi de George, esté dónde esté.

—¿En qué forma?

—En la única que se me ocurre, Nils. —suspiró Bruce Banner—, Utilizando mi propio vehículo. Y mis propios ojos. ¿Quieres acompañarme en ese vuelo en torno a la ciudad, por si puedes ayudarme?

—No tengo nada que hacer por el momento —bostezó el doctor Bergman, sonriente, mordisqueando pensativo su pipa, fija la mirada en su interlocutor—. Está bien. Bruce, Te acompañaré, si puedo serte de alguna utilidad.

* * *

—Dicen que cuatro ojos ven más que dos —rió entre dientes Nils Bergman—. Pero o mucho me equivoco, o ahora ni lo tuyos ni los míos han conseguido nada realmente práctico, Bruce. ¿Viste alguna cosa reveladora?

—No —confesó de mala gana Bruce—. Ninguna, Nils.

El turbocar de Bruce descendió un poco más sobre la campiña. Al fondo, eran visibles los edificios de la urbe. Abajo, bosques, un lago, algunas viviendas aisladas, zonas residenciales diversas, grandes autopistas en todas direcciones…, pero ni el menor rastro de un helicóptero o de sus ocupantes. Y el color amarillo y verde de los helitaxis de servicio, era demasiado nítido para pasarlo por alto.

—Creo que deberías dejar todo esto —señaló Nils

Bergman. Meneó la cabeza, escudriñando el terreno—. No tiene objeto seguir. No hay nada, Bruce.

—Empiezo a pensar como tú. Esta vez, ni siquiera el helicóptero ha quedado como rastro de lo sucedido —dijo entre dientes Banner, empezando a accionar su liviana nave, rápida y de fácil maniobra—. Volveremos, Nils. Y perdona la molestia.

—Espera —habló el doctor, pensativo—. ¿Dónde apareció ese helicóptero?

—Ya te lo dije antes: en la región nordeste de la ciudad, La contraria a ésta, por la que lógicamente debió pasar el helitaxi de Pamela.

—Y también el de Brenda, ¿no? Quiero decir que ninguno de ellos necesitaba sobrevolar la región nordeste para ir a la zona residencial, ¿no?

—Efectivamente. Pero ya sobrevolamos antes esa misma parte. No había nada.

—Lo recuerdo. De todos modos, ¿por qué no sobrevolarla otra vez? No cuesta nada...

—No, nada —le miró de reojo, sorprendido— ¿Piensas algo especial?

—Nada todavía —suspiró el joven doctor Bergman, encendiendo su pipa con gesto mecánico—. Ni seguramente lo piense al terminar este vuelo, pero...

No añadió más. Tampoco Bruce hizo comentarios. Pero el turbocar aceleró, dirigiéndose a la región suburbana indicada por Bergman.

—Una región particularmente árida y deshabitada —señaló Bergman, pensativo.

—Cierto. No abundan las zonas habitadas aquí —la mano de Banner señaló a la distancia—. Allí hay algo.

Un pequeño pueblecillo. Apenas un villorrio: un grupo de cuatro o cinco edificaciones, un bosque, un yermo… y una carretera secundaria. Ni una autopista, Nils.

—¿Hubo un temporal anoche en esta zona? —se interesó el doctor Bergman.

—Sí, creo que sí —afirmó Bruce—. Estaba dentro del radio de acción de la tormenta, si no recuerdo mal el gráfico transmitido por televisión.

—¿Quieres descender allí, o lo más cerca posible?

—¿Descender? —Bruce arrugó el ceño—. ¿Por qué?

—Es simple curiosidad —sonrió el joven doctor amigo suyo— Hazlo, por favor.

Bruce lo hizo. Descendieron. Para ello, trazó con su vehículo aéreo una amplia curva sobre el terreno, por encima de una colina salpicada de arbustos, a cuyo pie se extendía una zona desértica. A menos de media milla de distancia, aparecía el villorrio aislado. Salía humo de una chimenea. Un indicador esmaltado en rojo, señalaba:

«PUESTO DE APROVISIONAMIENTO PARA VEHICULOS. CANTONA Y FONDA. BIENVENIDO A HILLDED».

—Hillded —comentó Banner—. Un sitio insignificante. Nunca estuve aquí, Nils.

—Pues estaremos esta vez —sonrió Bergman, enigmático, enarcando las cejas.

—¿Seguro? —dudó Bruce.

—Seguro—afirmó su amigo, cuando el pequeño vehículo a turbina se detuvo en el yermo.

—¿Por qué, Nils?

—Porque, como decíamos antes, cuatro ojos ven más que dos. Yo he visto algo en ese yermo, al pie del bosquecillo y la colina.

—¿Qué viste? Yo no aprecié cosa alguna».

—Porque buscas un helitaxi. Y buscas a dos personas. ¿Cierto?

—Sí. ¿Qué buscas tú?

—Nada concreto. Algo; un indicio, por leve que fuese. Y lo encontré.

—¿Qué era?

—La señal de un helicóptero en tierra. Un helicóptero que se posó allí. Y que ya no está, ciertamente…

* * *

—¿Un helicóptero? No hemos visto ninguno.

—Se trata de un taxi aéreo, recuerda. Amarillo y verde, a franjas.

—No necesito recordar nada —cortó acremente el fondista—. No vi ninguno por aquí últimamente. Y menos en el yermo. Nadie vendría aquí en plan de visita.

—Ya lo he observado. Usted quizá no vio ese helicóptero. Pero *estuvo* ahí.

La fría afirmación de Nils Bergman irritó al fondista. Le miró con acritud, con sus estrechos ojos oscuros y fríos, desde la faz ancha y maciza, como tallada a bruscos golpes en arcilla. Su voz fue agresiva, casi violenta:

—¿Me está llamando embustero?

—Líbreme Dios de tal cosa, amigo mío —suspiró el

doctor Bergman, con gran frialdad—. Sólo le dije que usted *quizá* no vio el helicóptero. Pero estuvo. Dejó sus claras huellas en el suelo, y de eso nadie va a disuadirme. Huellas borrosas...» porque alguien *intentó* borrarlas. Y usted, naturalmente, no está obligado a saber quién ni por qué obró en esa forma. Yo afirmo que el helitaxi estuvo en la región. Acaso se fue, acaso no. Hemos venido a saberlo. Y no nos iremos sin descubrirlo, esté seguro. Usted., por supuesto, sólo es el fondista de Hillded, Espero tenga alojamiento en su casa para dos viajeros.

—¿Por mucho tiempo?—indagó el fondista.

—No creo. Un día. Acaso dos. No más.

—¿Y... si no tuviera? —sonrió ladinamente el cantinero.

—Bueno —suspiró Bergman, encogiéndose de hombros y prendiendo, parsimonioso, su eterna pipa de buen tabaco dorado y aromático—» Mí amigo tiene un turbocar ligero, pero amplío. En él caben dos personas acostadas. Dormiríamos allí. Y comeríamos aquí. O en otro sitio.

—Sólo existe mi fonda —replicó, incisivo, el fondista.

—Pero hay una tienda al otro lado de la calle — sonrió el doctor Bergman—. Con latería, botellas de cerveza, pan en bolsas herméticas,..

—Conforme —rezongó el fondista—. Tengo habitación. Y mesa y comida. Pero son diez «créditos» diarios,

—Por poco más3 ocuparíamos una suite en el Hilton 2000 —rió secamente Bruce—. Pero nos

quedamos, amigo.

—No me llamen «amigo». No me gusta. Mi nombre es Duncan. Duncan Ward.

—Bien, Ward —Bergman puso cincuenta «créditos» en emisión monetaria internacional, sobre el mostrador—, Guárdese el billete. Si sobra algo, mejor.

El fondista examinó el billete, emitido por el Banco Mundial, con aceptación en todo el orbe, como divisa libre y moneda-patrón entre países»

—Habitaciones doce y trece —dijo—. ¿Alguno de ustedes es supersticioso?

—Ninguno —dijo Banner, tomando las llaves—. ¿Podremos cenar hoy, Ward?

—De siete y media a ocho y media. Pasada esa hora, no se sirven cenas en mi casa, no lo olviden.

—No tema. Nuestra memoria es fotográfica —rió entre dientes Bergman.

Y ambos amigos subieron a la planta alta. Abajo, pensativo, ceñudo, se quedó Ward, el fondista. Apenas desaparecieron los dos forasteros en el piso de arriba, Duncan Ward se acercó a la puerta del fondo.

—¡Rebeca! —aulló—. ¡Rebeca, ven en seguida!

Hubo ruido en la cocina. Luego, limpiándose las manos con un delantal, apareció una mujer rolliza, de formas exuberantes, de blusa descotada, sobre unos rotundos senos macizos, que vibraban, sin sujeción alguna, a cada movimiento de la rubia matrona.

—¿A qué vienen esas voces, Duncan? —se interesó.

—Maldita imbécil... —masculló Ward—. No hiciste bien lo que te dije...

—¿A qué te refieres? —pestañeó ella, asustada.

—El helicóptero, helitaxi... Esa pareja de hombres que ha llegado ahora..., sabe que estuvo aquí, que se posó en el páramo...

—No es posible. Lo ocultamos bien, muy bien.

—Pues eso lo haríais bien, pero... ellos han descubierto las huellas de su estancia en tierra. Saben que estuvo allí, aunque ahora no esté, ¿entiendes?

—No es culpa mía, Duncan... Cárter se ocupó de eso...

—¡Cárter! Pues lo hizo mal. ¡Muy mal! No borró bien las huellas. Ahora hay forasteros, intrusos que se preocupan del asunto... y que me temo que sospechan algo.

—Entonces... habrá que hacer alguna cosa con ellos.

—Sí —Ward la miró, iracundo—. Habrá que hacer algo... y pronto. Esta misma noche, Rebeca.

Arriba, Bruce Banner contempló fijamente a Nils Bergman, su amigo. El doctor cerró en su pipa apagada el disco metálico que accionaba su curioso sistema de resonancia, como un receptor a larga distancia. Ambos amigos cambiaron una mirada pensativa, al terminar de escuchar el diálogo de abajo.

—Te lo dije —susurró Bruce—. Hay algo raro en esto. Muy raro...

—Sí, empiezo a pensar igual que tú —aceptó Bergman—. Por lo que pueda ocurrir, esta noche nos mantendremos muy alerta. Además... será cuestión de observar si el tiempo se pone de nuevo tormentoso.

Allá afuera, en la distancia, hubo un tamborileo sordo. Un trueno lejano todavía. El cielo tomaba por

momentos un matiz grisáceo, casi plomizo. Bruce arrugó el ceño. Nils Bergman se rascó su rubio cabello.

—Lo estaba Nils —le recordó Banner—. Me temo que va a ser otra noche de borrasca, de lluvia y temporal... En suma, una noche de perros otra vez.

2
«MONTEMORT»

—¡Una noche de perros, sí señor! —rezongó Rod Cárter, sacudiendo su viejo impermeable, brillante de lluvia, y cerrando tras de sí la puerta vidriera de la fonda—. ¡No había visto tanta noche de lluvia en mucho tiempo!

—No es sólo la lluvia —se quejó Rebeca Fraser, la recia mesonera de formas opulentas, sirviendo jarras de cerveza en el mostrador a los escasos clientes de la vecindad—. Están esos truenos, los relámpagos, el frío y el viento... Ante noches así, una siente auténtico miedo a todo lo sobrenatural...

—¿Sobrenatural? —sonrió el doctor Bergman, girando la cabeza y dejando su jarra de cerveza, con la que acompañaba al guiso humeante que tenía ante si —. Señora, estamos en pleno siglo XXI ya... Nadie tiene miedo de lo sobrenatural en nuestra época.

—Yo sí lo tengo —replicó Rebeca—. Y soy «señorita» no señora.

—Perdone» Me pareció que Duncan era su esposo...

Pues no lo es —se estiró* coqueta, su escotada blusa. Los senos eran dos macizos globos erguidos, agresivos—. Sólo un buen amigo. Y compañero de

trabajo. •

—Sí, Claro, disculpe —habló Bruce—. Mi amigo y yo nos equivocamos...

Se detuvo. Otro escote respetable se inclinaba sobre él. Esta vez no era la prominencia violenta de Rebeca, sino las formas, menos exuberantes, pero igualmente llamativas de una joven de pelo castaño rojizo, ojos pardos y boca carnosa. Estaba sirviéndoles unos platillos de diversas ensaladas y guarniciones. Musitó entre dientes al hacerlo:

—No, no se equivocaron demasiado. Rebeca y Duncan son como esposos..., sólo que nunca se casaron. Tan dueña es ella de esto como él...

Retiró el plato de Bruce, y echó cerveza en su jarra, incorporándose. La visión magnífica de aquel torso espléndido* terminó para Banner.

—¿Quién eres tú? —sé interesó—. ¿Familia de Rebeca o de Duncan?

—Por suerte, de ninguno —sonrió ella—. Soy nueva en Montemort.

—¿En... *dónde*? —se extrañó Bruce, arrugando su ceño.

—Bueno, Hillded. Yo le llamo «Montemort». Suena mejor, ¿no?

—Hillded... Espera. Eso significa fonéticamente, Colina Muerta. Tú dijiste «Montemort». En Europa, eso significa... «Monte Muerto» o «Monte de Muertos»...

—Más o menos, así es —sonrió ella.

—Aguarda —fue Nils Bergman que la detuvo, sujetándola por un brazo—. ¿Por qué precisamente, «Montemort»? Suena a nombre medieval, propio de

templarios o de cátaros.

—«Montemort» se llamó esa cercana colina, hace siglos —informó ella, encogiéndose de hombros—. En la Edad Media, creo. Entonces había ahí una abadía y un pueblo llamado Montemort también... Ustedes tienen aspecto de gente culta. Deberían saber eso...

Y airosamente, se desprendió de él, alejándose.

* * *

—Touché —dijo Nils Bergman, riendo. Tendió el volumen a su amigo—. Ahí está lo que dijo la chica cantinera. Bruce. Esto era en otros tiempos un sitio llamado Montemort. Por entonces imperaba el románico en el arte, en la arquitectura, en los ornamentos... De eso hace ya muchos siglos. Exactamente diez.

—Siglo XI... —Bruce sacudió la cabeza—. Esa chica nos dio una buena lección de historia, Nils. Montemort... Entraño nombre ¿no te parece?

—Si lees eso, verás que está justificado. La vieja abadía estaba poblada de monjes con estigmas. Entiendes ¿no? Entonces les llamaban «impuros»...

—Leprosos... —jadeó Bruce, estremeciéndose.

—Eso es. No salían de la abadía sino de noche. Con velones y antorchas, hacían sus rogativas y sus procesiones. Siempre dentro de los claustros de piedra, o del cementerio de la abadía, destinado a sus pobres cuerpos llagados... Era realmente, un Monte de la Muerte. Nadie se acercaba a él. El pueblo edificado junto a la abadía se diezmó con la peste o se desplomó por el terror. El tiempo terminó con todo. Luego,

alguien quitó incluso las ruinas.

—Conforme. Hemos perdido el gusto, la sensibilidad y el espíritu. Pero ¿de qué sirve criticar a nuestro tiempo? Busco a una mujer de hoy, no unas ruinas de hace siglos.

—Claro, Bruce. Sólo te hablaba de lo que dice ese libro —suspiró Bergman, dando un palmetazo a las tapas polvorientas y carcomidas del volumen—. Hay sólo tres o cuatro volúmenes en la fonda. Y uno de ellos habla de «Montemort». Era interesante conocer el hecho. Hay elementos curiosos en la historia.

—¿Qué elementos, Nils? Tú eres médico, pero te gusta también investigar el pasado. Yo investigo algo muy actual: un presente palpitante.

—A, veces, las cosas se repiten extrañamente —sonrió Bergman, irónico.

—¿Se... repiten —masculló Bruce—. ¿Qué quieres decir?

—Hablo de ese libro, Bruce, amigo. Léelo, vale la pena... —Bergman volvió a encender, una vez más su pipa. Paseó por el amplio dormitorio. Tras los' postigos herméticamente ajustados, en la ventana, silbaba el viento. La lluvia golpeaba los vidrios, y tamborileaba el trueno en la distancia. Por contra, allí dentro ardía alegremente en la chimenea una pila de leños, y brillaba la luz eléctrica.

—¿Qué debo leer? —se interesó Banner.

—Los detalles: una noche, la abadía quedó destruida por un rayo. Había un terrible temporal. Los monjes leprosos murieron. Nadie se atrevió siquiera a enterrarlos, hasta que sólo fueron esqueletos. El rayo

que abatió la abadía en parte, dejándola reducida a muros ruinosos, resquebrajó la Cruz en su torre. También dicen, que la lluvia arrasó viejas tumbas, hizo huir a los últimos aldeanos, despavoridos... y éstos vieron cómo se derrumbaban las cruces del cementerio de Motnemort, heridas por chispas que parecían más bien fuego del Averno que auténticos rayos...

—Todo eso son leyendas —rechazó ásperamente Bruce Banner—. No hemos venido aquí a leer romances.

—No, claro que no. Sólo que, según el libro, esa noche de temporal, una mujer se perdió en su ruta y alcanzó la abadía,'esperando ayuda. La encontraron en el viejo altar, horriblemente destrozada, con su rostro hecho, una máscara de terror... y su cuerpo desmoronándose, como víctima de la misma lepra.

-—Sigue la leyenda —sonrió Banner, pensativo—, ¿Te ha impresionado tanto, Nils?

—No. Me preguntaba por que esa gente hizo desaparecer el helicóptero, borrando las huellas de su presencia, y por qué la tormenta ha vuelto, en un día apacible, y por qué mujeres solitarias se pierden en la noche, allí donde una vez estuvo la abadía,

—Tú lo dijiste antes, Nils, Vivimos una' época materialista, vacía y absurda» No se piensa en el espíritu. .¿Por qué hablar de lo sobrenatural? Hemos venido a buscar a una mujer desaparecida. Entre una cosa y otra, no puede haber relación alguna.'

—El médico, dice que no la hay. Tú, como técnico en Cibernética, dirás lo mismo. Pamela y Brenda hubieran asegurado idéntica cosa. Son jóvenes de hoy,

cultas, intelectuales, lúcidas y serenas, con una mente materialista y analítica que no deja margen a lo insólito. Pero, en cambio, hablaste de raras tormentas, extraños desvíos en los viajes… ¿Dónde fue hallado, exactamente, el helicóptero de Brenda Deming, cuando ella desapareció?

—A dos millas de aquí —dijo secamente Bruce—. Pero en dirección opuesta, hacia el Sur.

—Ya veo. Esta zona cobra, así, un raro significado, ¿no te parece?

—Todo lo raro que quieras, pero perfectamente material y lógico. Duncan es un ser como tú y como yo. También Rebeca Fraser, su amiguita. Ambos se cuidaron., con un tal Cárter, de deshacerse del helicóptero, sin duda para rehuir nuevas investigaciones. Eso ha de encerrar algo delictivo, no sobrenatural.

—Muy bien. En principio, estamos de acuerdo. ¿Qué vamos a hacer ahora, según eso?

—Lo más sencillo de todo: buscar a Pamela. Y buscar el helicóptero.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Donde vimos sus huellas.

—¿Ahora? —dudó Bergman. Escuchó atento—. Está lloviendo fuerte. Y la tormenta se acerca. Bruce.

—No importa, Se hará ahora. ¿Es qué tienes miedo?

—No, no tengo miedo —rechazó Nils—. Sólo que… no me gusta el momento que eliges. No es el más adecuado, Bruce. Puede suceder algo…

—Estoy seguro de que no sucederá nada —sonrió

Banner.

En ese momento, afuera restalló un formidable relámpago. El trueno sacudió toda la fonda hasta sus cimientos. Osciló la luz, para terminar apagándose. Ambos amigos se quedaron rígidos, inmóviles a la luz oscilante y rojiza de los leños de la chimenea

* * *

—Aun así, te has decidido. Bruce, —Insisto: ¿tienes miedo? —rió Banner entre dientes.

—Ya sabes que no. Pero ocurren cosas raras aquí…

—Nils no estamos en el medioevo —le recordó | Banner—, ¿Qué puede preocuparte?

Bergman miró al cielo, negro y torvo, del que la lluvia caía torrencial en el desolado paraje. Atrás quedaba la pequeña villa con su fonda. Alrededor, todo era oscuridad, lluvia y viento. Encima de ellos, de vez en cuando, el centelleo de un relámpago hendiendo en las tinieblas. Y el trueno, siempre rotundo, restallante. —Me preocupa esta maldita noche de perros —masculló con disgusto—. ¿No es suficiente, acaso?

—En eso estamos de acuerdo —aceptó, sonriente, Bruce—. Ven, proyectemos ahí la luz. Manipuló su lámpara especial infrarroja. Sus gafas y las de Bergman les permitía ver con total nitidez a aquella claridad, invisible para el ojo humano» Los vidrios especiales para infrarrojos, destacaron bajo el chorro de esa luz no visible, los detalles del terreno. —No hay duda —aceptó Bergman—. Hierbas aplastadas, huellas en tierra… Intentaron borrar todo eso, pero hubo un

helicóptero ahí, no hace mucho.

Mira, esas piedrecillas fueron amontonadas para ocultar alguna huella más profunda, más difícil de borrar.

Bruce afirmó. Apartó a puntapiés las piedrecillas. Aparecieron señales de un tren de aterrizaje, fuertemente incrustadas en la dura superficie. Ya no había duda alguna. Pero eso tampoco aclaraba el paradero actual del helitaxi, du su piloto George… y de su pasajera, Pamela.

—Si ella me hubiera esperado anoche, —masculló Bruce—. Pero es una obstinada llena de orgullo. Discutimos, rompio conmigo… y no quiso saber más.

—Es una mujer. Por muy eficiente que sea en su trabajo., es mujer, Bruce ¿Qué esperabas? —rió entre dientes, Bergman—, Podemos hacer de ellas grandes técnicos y especialistas, pero nunca conseguiremos que tengan sensatez y buen juicio.

—Ese Cárter… —reflexiono Biuce—. Tiene aspecto de hombre humilde, de vagabundo. ¿Qué pudo hacer con **el** helicóptero?

—Depende de lo que le ordenanara Duncan, el fondista. Todo esto tiene la traza de un complot. Si hicieron algo malo, quieren borrar las huellas de su delito.

—Esa sí que es una explicación racional y lógica, Nils. Pero, no sé por que… tampoco me gusta.

—Ni a mí —convino Bergman, frotándose el menton—. Creo que hay algo más, aunque maldito si sé lo que es…

—Eh, mira —jadeó Bruce de repente—. Elevó su

luz hacia la base de la colina—. El bosque empieza ahí. Los matorrales son espesos...

—Sí, muy espesos. ¿Qué se te ocurre? Si el helitaxi estuviera en el bosque, lo habríamos visto ya... incluso desde el aire. La arboleda no es tan densa.

—La arboleda, no. Pero los matorrales *si*

—¿Adonde vas a parar?

—A algo, Nils. Ven conmigo. Creo que di con la solución.

Bruce Bamier avanzó, decidido. Su proyector de luz infrarroja, era invisible, sin gafas adecuadas para ver en esa claridad. Los dos amigos se detuvieron ante la masa de espesura. Banner aferró unas ramas. Tiró de ellas.

Cayó un hacinamiento de arbustos bien entrelazados. Parte de la oquedad, de una grata, sin duda, quedó al descubierto detrás. Nils Bergman lanzó una imprecación.

—Sí, Bruce —dijo—. Una grata... Y bien disimulada. Creo que diste con el escondrijo de ese helicóptero.

Banner empezó a hacer caer auténticos muros de arbustos. La boca de la cueva se hizo más y más grande. Lo suficiente para dar entrada al helicóptero, haciéndolo deslizar simplemente sobre su tren de aterrizaje, sin despegar.

Y allí lo reveló la luz infrarroja. Dentro de la amplia caverna. Amarillo y verde, con matrícula urbana.

—Bien... —musitó Bruce—. ¿Y ahora…?

—Ahora tendremos que hacerles callar a ambos,

aunque la idea no nos guste demasiado —sonó la voz.

Antes de volverse los dos, supieron que estaban en la trampa, sin posibilidad de salir de ella. Se encontraron delante de las amenazadoras figuras envueltas en lonas que chorreaban agua. Y, lo que era peor, provistos todos sus adversarios de armas electrónicas, capaces de matar en silencio.

* * *

—Duncan Ward, Rod Cárter, Rebeca Fraser… y dos desconocidos más —-recitó calmosamente Bruce Banner, mirándoles con frialdad—. ¿Qué pretenden?

—Mantener esta región a salvo de molestias, de pesquisas, de sospechas y de todo lo que podría significar la ruina de nuestro pequeño pueblo —silabeó Duncan Ward, el fondista—. ¿Les parece poco?

—Todo eso, no vale una muerte humana. Y parecen dispuestos a matarnos…

—No lo haremos, si no nos obligan a ello, señores. No somos asesinos. Pero no dudaremos en deshacernos de gente molesta.

—Como en los viejos tiempos —dijo Nils Bergman, sarcástico—. Se lincha al forastero que estorba.

—Más o menos, señor —afirmó Rod Cárter, con gesto estúpido—. Duncan sabe lo que hace para mantener la paz y la calma en el pueblo.

—Ya lo oyeron —avisó el fondista a Bruce y a su amigo, el doctor Bergman—. Me dan carta blanca para obrar a mi modo.

—¿Y su modo es asesinar?

—Ya le dije que no, a menos que no me dejen otra

alternativa. Deseo pactar con ustedes de modo razonable.

—¿A qué le llama usted «pactar de modo razonable»? —indagó secamente. Bruce Banner.

—A obrar con sensatez, sin estúpidos alardes de valor o de heroísmo. A nada conduce todo eso, créame. Acepten las reglas del juego, y nada sucederá.

—¿Cuáles son «las reglas del juego»? —quiso saber, con recelo, Bergman.

—He visto en el libro —registro que es usted médico— replicó ahora Rebeca Fraser—..Yo se lo diré en pocas palabras, doctor. Disponemos de un medio hipnótico. Pueden olvidar todo esto,,, para siempre. Se irán de la región y no volverán nunca. Pero hace falta que el sujeto se deje hipnotizar. Duncan hará el resto.

—¿Es hipnotizador acaso? —dudó Banner.

—No —rió el fondista—. Pero tengo el medio ideal de hipnosis. Acepten el trato, y nada les ocurrirá.

—Nada, salvo olvidarlo todo. Y no volver aquí —replicó Banner, con acritud—. Yo he venido en busca de una mujer: de Pamela Harris, mi prometida. Ella desapareció, con ese helicóptero. He hallado el vehículo, pero no a ella. ¿Cree que es justo olvidarla?

—No tenemos nada que ver en lo de su prometida —habló severamente, el fondista-ˆ. Hallamos ahí ese helicóptero, es todo. Pero no queremos ser molestados. Sabemos que no nos creería nadie.

—¿Y... ella?

—Ella ha desaparecido. No van a encontrarla aquí, como nosotros tampoco encontramos a nadie —habló Duncan Ward, irritado—. De modo que..., nada

pierden los dos. Ni ella tampoco, si es que realmente vive… y los monjes no se la llevaron consigo al otro mundo…

—Los… ¿qué? —aulló Banner, palideciendo.

—Los monjes de la abadía —habló con un suspiro Ward—. Ellos siempre aparecen en las noches de tormenta, tras la medianoche… y se llevan consigo a todo ser perdido, como fue en el pasado, y como ha sido y será siempre, por los siglos de los siglos…

Aquella gente armada, capaz de hipnotizar o matar, se persignó, con terror, como si se hubieran mencionado en la gruta los poderes mismos de Satán. Rebeca era la que sostenía una luz eléctrica, un haz de claridad asestado sobre Nils y él. Si intentaban algo, las armas electrónicas actuarían inmediatamente. Y no podían fallar en su blanco. Automáticamente, una vez sincronizados sus sistemas de disparo, los proyectiles buscaban y «encontraban» el blanco viviente, sin necesidad de tomar puntería, por simple programación previa.

—La abadía… —musitó Nils Bergman, estremeciéndose—. Montemort… Los leprosos…

—No siga —musitó Duncan. Miró atrás, inquieto —. Falta poco para medianoche. Pueden aparecer, con sus cánticos, y sus hachones encendidos, en cualquier momento… Elijan, amigos. Y háganlo rápido.

Nils y Bruce se miraron entre sí. No había mucho donde escoger. Valía más dejarse hipnotizar que morir estúpidamente. Pero ambos sabían que esa clase de hipnosis era como morir un poco.

—Creo que me dejaré hipnotizar —dijo Bergman

fríamente, con un suspiro.

—Yo también —afirmó secamente Bruce Banner, con resignada expresión.

—Bien —sonrió Duncan—. Entonces..., manos a la obra. Rebeca, ya sabes lo que has de hacer...

—Sí, querido —asintió la exuberante cantinera rubia»

En ese momento, a espaldas de ellos, Rod Cárter emitió un alarido terrible. De sus hombros escapó la lona impermeable, brillante de lluvia. Y su voz angustiada gritó, al tiempo que su rostro despavorido tomaba un tinte ceniciento, y sus ojos desorbitados miraban a la oscuridad, con terror infinito, señalando trémulo su brazo, temblorosa su huesuda mano, hacia «algo» que había más allá, en la noche tenebrosa.

—¡Oh, cielos, mirad! ¡Mirad! ¡Vienen hacia acá...!

Y echó a correr trompicando, cayendo en los charcos, enfangándose, pero siempre huyendo como ánima perseguida por una legión infernal.

Tras él convertidos en un grupo de aterrorizados seres sin orden ni coherencia, entre alaridos y gesticulaciones histéricas, Duncan Ward, Rebeca y los demás, se perdieron en la lluvia, dejando solos a Nils Bergamn y a Bruce Banner, ante aquello que, inexorablemente, debía venir hacia ellos ahora...

—Mira... —susurró Bergman con una voz ronca, quebrada, indecisa—. Mira, Bruce...

—Por Dios, no es posible... —masculló Banner, estremecido, incrédulo, incapaz de moverse.

El monje gris, de caperuza hundida sobre el rostro invisible, apareció en la noche, bajo el diluvio y el

centelleo cegador de un súbito relámpago. Restalló un trueno, no muy distante...

Nada de eso, sin embargo, pudo apagar la llama bailoteante, fantasmal, que ardía al final de un enorme velón amarillo, en las manos rugosas, descarnadas, del espectral monje surgido de la noche.

3
LA ABADIA

La visión fantástica sé aproximaba a ellos. Cada vez más, y más...

Los dos hombres no se movieron. No podían dar crédito a sus ojos, pero allí tenían a uno de esos monjes de leyenda, a un leproso medieval.

—¿Quién eres, realmente? —preguntó Bruce Banner tremendamente sereno, fija su mirada en aquella figura de estameña gris, rugosa, mojada.

El monje no respondió. Nils Bergman apretó los labios, respirando hondo.

—Científicamente, es imposible —susurró—. Los muertos no resucitan, Bruce. No puedo creerlo.

—Tampoco yo —convino Banner, seco—. Pero entonces..., ¿qué o quién es ese monje?

E inesperadamente, antes de que el propio doctor Bergman pudiera intuirlo, Banner saltó adelante con un brinco felino, aferró la caperuza del monje, que se echó instintivamente atrás..., y le bajó la capucha puntiaguda.

El hechizo se rompió en ese mismo momento. Miraron con estupor a la figura que había sido

descubierta por la acción súbita de Bruce. El monje fantasmal, parecía mucho más desorientado que ellos.

—¿Por qué lo hizo? —se quejó el «espectro»—. A ellos los engañé.

—La preciosa cantinera... —suspiró Bergman—. ¿Cómo te llamas, encanto?

—Sharon. Sharón Keenan —dijo ella, amedrentada, cohibida. Y bajó la mano con el gran velón encendido, que iluminaba de modo espectral la escena—. No les pude engañar...

—Era difícil, encanto —dijo Banner—. No creemos en cosas de ultratumba mi amigo y yo. Ese velón es de gas, evidentemente. No lo apaga la lluvia ni el viento. Tu estameña se moja, como la de cualquier mortal. Y esas supuestas manos descarnadas..., son sólo guantes. Muy elemental, Sharon. Pero valió con ellos, y te damos las gracias. ¿Cuál era tu idea? ¿Asustarnos a todos?

—No —negó la joven—. Sólo a ellos. Les seguí. Sabía que peligraban ustedes dos. Quise ayudarles...

—Y lo hiciste —sonrió Bergman—. Te damos las gracias, muchacha. De no ser por ti, seríamos víctimas de la hipnosis..., o de las balas mortíferas de tus amigos de la fonda. En ambos casos, una mujer desaparecida podría ser olvidada para siempre.

—Una mujer... ¿La que viajaba en el helitaxi, quizá? —preguntó la cantinera de cabellos suavemente rojizos y boca carnosa.

—Sí —afirmó Bruce—. ¿Sabes algo de ella?

—No, nada —suspiró la muchacha—. Sólo lo que oí... Encontraron un bolso de mujer en el helicóptero...

Y olor a perfume femenino. Eso fue todo. Ellos nada tuvieron que ver con todo ello, estoy segura.

—¿No? —dudó Banner—. ¿Quién, entonces?

—No lo sé —se estremeció ella, mirando atrás, a la noche—. La gente habla de cosas fantasmales...

—Oh, seguro. Toda la vida fue igual —admitió escépticamente Bergman—, Leyendas, cuentos de brujería, cosas de ultratumba... Tuvo que ser cosa de ellos. Acaso asesinan a viajeras solitarias...

—¡No, no! —rechazó Sharon—. Están tan asustados como todos... Saben que ocurre algo, pero nadie sabe qué... Cuando lléga, como ahora, la medianoche, se oyen cánticos, y verdaderos monjes llegados del Reino de la Muerte, surgen de la colina, y...

—...Y esa absurda leyenda, mantiene alejados a los curiosos —rió el doctor—. No, preciosa. Juegan con viejas supersticiones, pero son paparruchas fuera de nuestro tiempo y de...

Enmudeció. Bruce Banner enarcó las cejas, repentinamente tenso su rostro. Sharon Keenan emitió un gemido ahogado y se precipitó contra Bruce, impulsivamente, protegiéndose contra su torso, en el que aplastó virtualmente su agresivo busto.

—¡Ellos! —jadeó—. ¡Son ellos...

Nils Bergman y Bruce Banner se miraron en silencio, repentinamente callados y rígidos.

Afuera, en la noche, más allá de la lluvia y de las sombras, algo sonaba, primero difuso, apagado, lejano.

Un extraño salmo, como un miserere... Un cántico monacal, fantasmagórico, elevándose en la noche, con

voces que nada tenían de este mundo…

* * *

Ahora, sí.

Ahora, ambos hombres supieron lo que era el escalofrío. Lo sintieron, naciendo en su espina dorsal, subiendo por ella hasta taladrar gélidamente su cerebro aturdido.

—Esa música… —susurró Bruce Banner—. No parece de este mundo…

—Es que… *no* es de este mundo… —musitó en un sollozo la joven cantinera, demudada.

—Tonterías —sonó la voz ahogada del doctor Bergman. Su sentido de la realidad se imponía a toda otra sensación—. Tiene que ser de este mundo, puesto que la estamos escuchando. No creo en otros mundos…, a menos que se hable de planetas habitados, no de cosas más allá de la vida y de la muerte.

Pero aquel coro fantástico, que parecía llegar de regiones donde la voz humana y donde la música eran diferentes seguía sonando en la noche.

Y estaba cesando de llover. Caían débiles gotas de agua, se perdían en la distancia los relámpagos.

Bruce contempló, pensativo, a su amigo. No hizo comentarios. Tampoco cuando miró a la muchacha.

—Sea lo que sea, quiero verlo —susurró Bruce—. Y lo veré.

—¡No, no, por Dios! —susurró ella, ahogadamente —. En el nombre mismo del Señor, no lo haga…

Bruce Banner sacudió la cabeza. El hábito gris de

la joven se había abierto, relevando prominencias interiores nada ultraterrenas, ciertamente. Ella era real, tangible. Era una mujer. Toda una mujer de formas rotundas y agresivas. Y aquello, «lo» de allá afuera, en la noche repentinamente calmada y húmeda, fría y oscura…

Aquello era lo que Bruce no entendía. Lo que, por vez primera, le hacía sentirse como invadido por una sensación fantástica de incertidumbre y horror.

Salió de la grata donde se hallaba oculto el helitaxi. Elevó los ojos hacia la cima de la colina. Dilató los ojos.

—Esa procesión… —jadeó.

Notó un roce a su lado. Se volvió. Bergman, pálido y sorprendido, permanecía ante él, con la mirada fija en la larga hilera de llamas oscilantes, amarillas, que avanzaban ante unas sólidas paredes que antes no estaban allí.

—Son monjes… —susurró Bergman—, Monjes con hachones y velones encendidos.

—Entonces…, es cierto, Nils.

—No puede ser cierto. Bruce, y tú lo sabes —sostuvo la voz firme del doctor, sin una sola, vacilación.

—Sólo sé lo que estoy viendo. No es ninguna alucinación…

—No, no lo es. Vemos una procesión monacal, vemos luces. Eso no significa nada. Antes, esa chica nos engañó. Eso puede ser algo parecido.

—No tiene nada de parecido. Mira sus formas: largas, fantásticas, como etéreas… Y mira eso, sobre

todo, Nils. Los muros... Parecen... parecen ruinas. Antes no estaban ahí, lo sabes tan bien como yo.

—Todo ha de tener una explicación racional, Bruce.

—Sí, pero... ¿cuál?

—Te lo diré cuando lo vea más cerca. Cuando palpe eso con mis manos y descubra el truco —jadeó Bergman, resuelto—. Piensa: trucos escenográficos, acaso decorados, proyección cinematográfica, materia plástica hinchada súbitamente...

—Y todo eso, ¿para qué? ¿Para asustarnos a nosotros?

—O para asustar a todo el mundo, A todos los curiosos —rió entre dientes el médico—. Razona, Bruce. No te dejes influenciar por lo que ves, por lo que parece ser, sino lo que puede ser. Una organización, sea delictiva o de espionaje o de sabotaje. Puede envolver sus actos en un manto de irrealidad que asuste a la gente y provoque un terror supersticioso...

Estaba alejándose, avanzando hacia aquella procesión, hacia el origen de los cánticos litúrgicos.

Y la mirada de Banner descubría en las formas de las ruinas, muñones de viejas torres estructuras del más puro románico olvidado en el tiempo...

—No entiendo, no entiendo... —jadeó—. Espera, Nils. Voy contigo...

—No. —negó el joven doctor—. Espera. Cuida de esa chica y espérame. Debemos hacerlo así. Uno se adelantará a investigar. No provocaré ruidos ni me delataré ante esa gente. Me dedicaré, sencillamente, a

observar. Luego, volveré o te avisaré para que acudas.

Sharon, la chica de la fonda, habla vuelto a su lado, le rodeaba con brazos temblorosos, despojada ya de su hábito gris. La lluvia había empapado su liviana blusa, su corta falda a la moda. Ello dibujaba sus formas- nítidamente, con seductor atractivo. Pero aunque sentía contra sí el palpitante calor de aquel cuerpo femenino estremecido de terror. Bruce no tenía ningún pensamiento sensual en esos momentos.

—Está bien —musitó—. Te esperamos aquí, Nils, Pero ten cuidado. No te confíes,no des ningún paso en falso…

—No lo daré —sonrió Bergman, siempre realista y positivo—. A fin de cuentas pueden ser enemigos nuestros.

Bruce estaba seguro de que, realmente, lo eran. Pero no en la forma en que lo imaginaba su amigo.

Nils Bergman se fundió en la oscuridad, moviéndose sigiloso entre la arboleda, hacia lo que parecían las ruinas fantasmales de una vieja abadía, surgidas como por artes demoníacas en medio de la colina.

Oprimió contra sí con mayor fuerza a la joven, y la cantinera se acurrucó contra él, sin importarle demasiado la voluptuosidad de su cuerpo ni la proximidad candente de hombre y mujer en tales momentos.

—Su amigo es temerario… —la oyó susurrar—. Puede desaparecer para siempre, como los demás…

—¿Los demás? —enarcó las cejas Bruce—, ¿Qué sabes de todo eso, muchacha?

—He oído cosas… La gente habla, se persigna al mencionar todo lo que sucede… No sólo viajeros solitarios se perdieron para siempre, sin dejar rastro. Está Ilonka… Y Líela…

—¿Ilonka? ¿Leilha? —se interesó Banner—. ¿Quiénes son ellas?

—Muchachas de Hillded. Trabajaban, como yo, en la fonda, en el almacén de enfrente… Se perdieron en la noche, jamás volvieron. Leilah iba con Josuah, su prometido… También él desapareció sin dejar rastro…

—Mucha gente desparace últimamente —meditó Banner, frunciendo el ceño—. ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Oh, no mucho… Apenas un mes…

—Un mes… —frunció el ceño Banner—. ¿No hay policía por aquí?

—Claro que la hay. En otra población cercana: Bordeline. Allí existe policía, con vehículos y helicópteros… Allí está el jefe de la zona, el comisario McGee… Y varios auxiliares suyos armados. Una vez les hablamos de todo esto. Investigaron, buscaron… Todo en vano. Se burlaron de nosotros, ¿comprende?

—Sí, entiendo bien —Banner, impaciente, trataba de ver a Nils, pero ya solamente descubría, allá arriba, las siluetas de las ruinas, la hilera de llamas y los ecos profundos de aquella letanía misteriosa

— Cuesta trabajo convencer a los demás de ciertas cosas, Sharon.

—Pero es que ambos lo estamos viendo —gimió ella—. Y su amigo también…

—Nils… Ya ha debido llegar ahí, a esas ruinas…, si

es que tales ruinas existen. Espero que avise en breve, o regrese con alguna novedad... —miró de soslayo a la muchacha, pensativa su expresión—. Si tarda más de un minutos, iremos en su busca.

—No, no... —se horrorizó ella, retrocediendo instintivamente, desprendiéndose incluso de sus manos y brazos—. No iré por nada del mundo...

Bruce la contempló pensativo. Sacudió la cabeza.

—Está bien, no subas, si sientes tanto miedo —aceptó—. Pero entonces deberás quedarte sola aquí.

—Me... me quedaré. Me ocultaré en esa gruta... Haré lo que sea..., menos ir arriba.

Banner asintió, pensativo. Estaba decidido a hacer algo, cualquier cosa menos esperar allí más tiempo.

—No me gustará dejarte sola —dijo—. Pero dadas las circunstancias, no veo otra posible solución. De cualquier modo, volveré pronto y...

Se detuvo. Se heló la sangre en sus venas.

El fondo de aquel coro litúrgico se había apagado mucho. El alarido sonó, por ello, más largo, terrible y desgarrador. Restalló en la noche con inflexiones de pánico inenarrable.

Lo peor es que esa voz alucinada era.., ¡la voz de Nils Bergman!

—¡Nils! —rugió Bruce, al tiempo que la joven Sharon, demudada, retrocedía, impulsivamente con sus ojos dilatados—. ¡Nils! ¿Qué ocurre?

Sin vacilar, Banner lanzó una imprecación y se precipitó ladera arriba, a grandes zancadas sobre los charcos de lluvia, en dirección a las ruinas.

* * *

Los cánticos habían cesado. Se detuvo en seco. Miró a sus pies, a la espesa neblina que se enroscaba en sus piernas.

Entre jirones de bruma, la mole de la abadía románica, medio derruida, con sus cruces desgarradas, con sus paredes a medio desmoronar, era impresionante. Sencilla, sobria, severa. Pero impresionante. Porque él sabia, como todos, que poco antes, allí no había nada.

Más allá, edificios oscuros, formando callejuelas. Acaso un villorrio de siglos atrás. Delante…, el cementerio.

Su mente se negaba a aceptarlo. El sabía que un cementerio era un puro anacronismo. No existía ya ninguno, ni siquiera como museo de un rito antiguo. Aquel cementerio podía tener ocho, nueve o diez siglos cuando menos. Se caía de puro viejo, se hundían sus lápidas.

—«Montemort»… —recordó el tablón con letras góticas, en la encrucijada, más allá del bosquecillo. Empujó la puerta metálica, chirriante, oxidada.

Se movió, sintiendo crujir hierbajos y tierra agrietada bajo sus pies. Alrededor, sólo había silencio. Del interior de la abadía surgía algo, un resplandor.

Detúvose en seco. Percibió algo. A sus espaldas. No giró la cabeza. Tenso, dio unos pasos más hacia el muro. Clavaba sus ojos en la piedra, en la puerta de arco redondo, en las bóvedas apoyadas en los muros.

Supo que no estaba solo en el cementerio. Que alguien le seguía muy de cerca. Fingió ignorarlo. No se

volvió, al menos de momento. Luego, paró en seco. Preguntó, sin volverse, mientras creía oír el crujido de una lápida de piedra, levantándose en alguna tumba:

—¿Quién eres?

Un silencio profundo, acaso perplejo. Un roce más. Otro crujido de lápida. Un deslizar espeluznante.

Ruidos en la noche. Rumores en el cementerio románico. Espectros, acaso muertos que salían de sus tumbas. Quizá todos los rostros del pánico, envolviendo a Bruce Banner en un cerco de pesadilla. Estaba preparado para cualquier cosa. El grito de Nils Bergman, del frío y cerebral Nils Bergman, que jamás tuvo miedo a nada, aquel alarido de pavor infinito, le había puesto en guardia.

—¿Quién eres? -—repitió-—. Sé que no estoy solo.

El silencio era como la niebla. Frío, viscoso, espeso casi. Se enroscaba en torno a su ser. Y a su mente.

—Quizá soy la misma Muerte, viajero —dijo una voz.

Se estremeció Bruce. Era una extraña voz, profunda y lejana. No parecía de este mundo.

—La Muerte tampoco me asusta —replicó Banner —. Pero la muerte no tiene voz ni rostro. ¿Acaso lo tienes tú?

—Dije que quizá era la Muerte. No afirmé que lo fuese, viajero.

—Si no lo eres..., ¿con quién estoy hablando?

—¿No tienes valor para volverte?

Banner se armó de valor. Cualquier cosa era preferible a la incertidumbre. Esa era su norma habitual. Sabía que iba a encararse con algo terrible.

No quería asustarse. No quería gritar.

—Está bien —dijo, con un suspiro—. Ya me vuelvo»

—¿Lo soportarás, viajero? —dudó la voz.

—Lo soportaré —afirmó Bruce, deseando que su voluntad fuese fuerte.

Y se volvió.

AQUELARRE

Lo vio.

Vio todo. Absolutamente todo.

No gritó. No reveló emoción alguna. Era difícil, pero lo consiguió.

Hubo de apelar a toda su tremenda voluntad.

Pero lo soportó bien. Sin pestañear. Sin decir nada. Ni un solo grito brotó de su garganta.

—Dios mío... —fue lo único que fluyó entre sus labios.

Se había enfrentado al terror. Al miedo.

Sentía ese terror, ese miedo profundamente humano. Lo importante es que lo dominaba, lo vencía dentro de sí. Controlaba sus emociones más hondas y desgarradas.

Mantuvo la mirada fija en todo aquello.

Luego, sacudió la cabeza de un lado a otro. Habló con voz serena, perfectamente dueño de sí.

—Lo he soportado —dijo, tajante.

—Si, viajero —afirmó la voz—. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo, glacial.

—Estabas seguro de antemano. Creí que

alardeabas. No hay seres humanos que soporten esto. Sienten algo, lo que sea: pánico, horror, asco, náusea, demencia. Algo, en fin. Tú lo has soportado. ¿Eres diferente, acaso?

—No —negó Bruce—. No soy diferente. Sólo que no quería ceder.

—Los hombres siempre ceden al miedo.

—Yo también. Pero esta vez no quise ceder.

—¿Puedes controlarte a ti mismo, hasta eso?

—Parece que sí.

—Eres sorprendente. Estás hablando aquí, conmigo…, delante de todo esto que helaría la sangre en las venas a cualquiera. ¿Por qué? ¿Imaginas que deliras o ves alucinaciones?. Si es así, extiende tu mano, tócanos, roza nuestros cuerpos.

—Sé lo que es real y lo que no —replicó él, sereno —, Vosotros sois todos reales. Tremendamente reales, diría yo. Es imposible que suceda, pero está sucediendo. Mi amigo no debió soportarlo, ¿verdad?

—No, no lo soportó.

—¿Dónde está ahora?

—Nadie le hizo daño. No causamos daño a nadie. Sólo… *terror*.

—¿Y las mujeres? Hubo viajeras que debieron ver esto. ¿Lo soportaron?

—Ellas, menos aún. El terror las enloqueció.

—Y murieron…

—Morir… —la voz sonó sarcástica—. ¿Qué es la vida y qué es la muerte, viajero?

—Vosotros deberíais tener la respuesta, en todo caso.

—Tenemos una respuesta. Quizá sea válida, o quizá no.

—No sois de este mundo, ¿verdad? —musitó Bruce.

Su interlocutor negó despacio.

—No. No somos de este mundo —confirmó.

* * *

Bruce Banner miró en torno. No habló, por unos momentos. Tampoco su interlocutor.

Contempló las figuras pavorosas, emergiendo de las tumbas, levantándose entre lápidas y panteones.

Cuerpos horribles, purulentos, descompuestos y fétidos. Mitad esqueletos, mitad momias algunos. Mitad carne podrida, mitad pulpa viscosa y maloliente otros. Rostros descarnados, mechones de cabello, cuencas vacías por donde se deslizaban gusanos hediondos... Jirones de ropas descompuestas, huesos con tiras de carne o de piel corrompida.

Mujeres de largas túnicas, que un día fueron hermosas, exhibían ahora desnudeces inmundas y atroces, hechas de esqueleto y de carne desmoronada.

De otras tumbas, surgían flacos espectros de ambos sexos, ávidos de apetitos espantosos...

Lentamente, como un cerco de pesadilla, danzaban a su alrededor, se movían como filmados por una cámara retardada, flotaban en la neblina, en un aquelarre indescriptible y atroz.

Era difícil luchar con las emociones y los terrores. Pero Bruce lo estaba logrando, estaba intentando combatir, a la vez, el miedo y la náusea.

El peor de todos era su interlocutor. Mechones blancos incompletos, piel arrugada, destilando pus y sangre licuada, perdiendo trozos de carne de sus huesos lívidos… Le faltaba un ojo. El otro era un globo que colgaba de su cuenca vaciada. Todo ello, envuelto en jirones de estameña por la que corrían los parásitos, los gusanos de la tumba gélida de donde surgieran las abominables criaturas del miedo.

Sin embargo, *aquello* tenía voz, vida, existencia física, siquiera fuese por unos momentos demoníacos, de nocturno aquelarre de difuntos.

Iba contra la razón. No podía suceder, más allá del año 2000. Pero estaba sucediendo. Y Bruce Banner se preguntaba por qué, sintiéndose, pese a su serenidad y sangre fría, al borde de la demencia.

—No sois de este mundo,., —suspiró, dejándose caer, sobre los trozos de piedra de una lápida polvorienta, de borrada inscripción.

—No, no lo somos. Eso parece evidente, ¿verdad, viajero? —se burló el ser de pesadilla.

—Supongo que es evidente —resopló Bruce—, Pero a veces, uno se ve obligado a hacer cierta clase de preguntas…, aunque no entienda la respuesta.

—¿Por qué no entras en la abadía? —le señaló el cadáver viviente hacia la puerta del viejo templo-—. A *ellos* les gustará ver al único hombre que no tembló ni gritó. Al único que pudo hablar con nosotros, que no se dejó vencer por los rostros del pánico…

—¿Ellos? ¿Quiénes son «ellos»?

—Los Maestros, viajero amigo.

—¿Los Maestros? —repitió Bruce, perplejo.

—Los monjes de la Abadía de Montemort. Ellos rezan y esperan.

—Esperan.»., ¿qué?

—Quizá a ti.

—A mí... —Bruce Banner sacudió la cabeza—. No, eso no tiene sentido, entendedlo...

—¿Por qué no vas allí y lo compruebas por ti mismo?

—Está bien —dijo—. Voy allá. Y si de algo sirve..., que Dios os ayude.

El silencio fue la respuesta. Las criaturas del horror le contemplaban. Bruce avanzó hacia la vieja abadía. Cruzó su umbral...

—Bien venido, Banner —dijo una voz grave, allá en el fondo, en la sillería de piedra que rodeaba el sobrio altar románico.

Los monjes...

Formaban un semicírculo, en oración, sentados en sus sillares de piedra. Ardían los velones y antorchas ante ellos. La estatua románica de un Cristo peculiar, destacaba sobre las pinturas murales del ábside con capillas radiales.

Avanzó Bruce, con alivio. No podía ver los rostros, pero cuando menos la visión de los hábitos monacales, las caperuzas puntiagudas echadas sobre las facciones en sombras, las manos perdidas en la anchura de las mangas de basta tela gris, era algo más grato que aquel horror hediondo de afuera.

—El hombre que no tuvo miedo —sentenció otra voz, en el extraño coro ascético—. El Esperado...

—¿Esperado? ¿Por quién? —se intrigó Banner.

—Por nosotros. Entra, Banner. Sé bien venido a la comunidad.

—Sabéis mi nombre .. ¿Qué clase de gente sois vosotros? —dudo Bruce

—Hiciste afuera esa pregunta. Tuviste la respuesta: no somos como tu. No somos de este mundo, Banner —recitó el monje que hablara primero.

—Sí, recuerdo esa respuesta. Me hago infinidad de preguntas que no tienen contestación razonable» ¿Por qué me esperabais? ¿Por qué me habláis de todo eso?

—Porque no tuviste miedo. Era la prueba.

—¿La prueba? —frunció el ceño Banner.

—Nadie la resistió jamás., La gran prueba para los hombres, El miedo es la peor y la más irrefrenable de las debilidades humanas.

—¿Quién eres tú? —quiso saber Banner, avanzando hacia el monje 'que hablaba,

—Digamos que soy.., el Abad de esta comunidad —dijo la voz, bajo la caperuza, con sarcasmo—, ¿Eso te basta, Banner?

—Nada puede bastarme. No entiendo lo que sucede, no comprendo bien lo que está ocurriéndome. Busco a una mujer. Una mujer llamada Pamela Harris. Y un hombre llamado Nils Bergman. Son amigos míos.

—Lo sabemos. Puedo leer tus pensamientos con claridad, Banner. Sé lo que piensas, lo que buscas,

—Sabéis demasiadas cosas de mí. Y yo apenas nada de todos vosotros —se quejó Bruce,

—Me pregunto si estarás preparado para saberlo.

—Estoy preparado para muchas cosas —afirmó enfático Bruce. Dio unos pasos hacia el Abad—,

Incluso estoy preparado...3 ¡para ver la verdad cara a cara, y sin disfraces!

E inesperadamente, tiró atrás la caperuza del Abad.

No esperaba nada bueno. Recordaba la historia en el viejo libro medieval: monjes que agonizaban leprosos. La lepra no sería peor que aquello de allá fuera, pero tampoco mejor.

Se enfrentó al Abad, ya sin caperuza éste.

Retrocedió, alucinando, al borde mismo de la demencia.

* * *

—¿Estás satisfecho ahora. Bruce Banner? —sonó apagada, cansadamente, la voz del Abad.

Perplejo, aturdido, conmovido por mil emociones diversas y contradictorias, sintiendo en su epidermis el frío húmedo de un sudor de muerte, Banner contempló al Abad. Miró lo que había debajo de aquella caperuza.

Lentamente, uno a uno, los monjes despojáronse de sus caperuzas. El mismo inaudito espectáculo se ofreció a los ojos dilatados de Bruce.

—No puede ser... —musitó.

—Casi sientes ahora *miedo*, ¿no es cierto, Banner? —sonó apacible la voz del Abad.

Todos eran iguales. Idénticos al Abad. Bajo el hábito, bajo la caperuza, en los pliegues amplios de la estameña gris..., no había *nada*.

Cuando menos, nadie visible. Ni manos, ni rostro, ni cabeza.

Sólo los hábitos. El vacío, dentro.

—Sí, Banner. No siempre el miedo tiene rostro —dijo la voz del Abad, brotando de la nada, del vacío tremendo de aquella cabeza invisible—. No esperabas esto, evidentemente. Me pregunto qué es peor. Si la fealdad y el horror que se ven y se palpan..., o aquello que no se entiende, que no se ve, que se ignora cómo es.

—Tal vez lo último —susurró Banner, saliendo lentamente de su pavor. Meneó la cabeza, aturdido. Se apoyó en el frío muro de piedra de la abadía —¡ Dios mió, ¿qué sucede aquí?.

—Algo que tu mente de investigador, de científico, de hombre culto e inteligente, debería darte ya hecho, Banner. Tu pregunta de antes fue clara. La respuesta, también. No, no somos de este mundo. Pero no nos referíamos a ese «más allá» que vosotros llamáis «ultratumba» No, Banner, ¿es que no entiendes? Se trata de «otro» mundo. En su exacto, preciso, frío sentido lógico.

—¿Quieres decir..., otro planeta! —jadeó Banner.

—Sí —suspiró el invisible Abad—. Eso quise decir.

* * *

Otro planeta.

Era una nueva forma de ver las cosas. Era un modo diametralmente opuesto de encararse a los hechos.

El cementerio dormía tranquilo ahora, en la madrugada sin temporal. No había espectros, ni cadáveres" deambulando, ni seres corrompidos y hediondos.

Solos él y el Abad,

El Abad, nuevamente con su puntiaguda caperuza. Con su invisible rostro velado en sombras. Con sus inexistentes manos bajo los pliegues de las anchas mangas de estameña gris. Como si, realmente, paseara y hablase con alguien tan material como él mismo. Sin embargo, ya sabía lo que había bajo aquellos hábitos: nada tangible. Nadie sólido ni palpable.

—¿Crees que puedes hablar con serenidad, Banner? —preguntó, tras un silencio.

—Sí. Puedo hacerlo —afirmó Banner, enérgico,

—¿Y entender, razonar, escuchar...?

—También. Había, Abad, quienquiera que seas. Te escucho. Te comprendo.

—Extraño dominio el que tienes de ti mismo, Bruce Banner —suspiró el Abad, paseando sobre el suelo agrietado del viejo cementerio. Otro hombre hubiera enloquecido ya.

—Vine preparado a lo peor, creo poder soportarlo.

También yo lo creo. ¿Sigues interesado en tus dos amigos, la chica y el doctor?

—Sí. ¿Qué habéis hecho de ellos?

—Cálmate. Pueden volver. Para ello, hace falta un pacto.

—¿Un pacto?

—Entre tú y yo, Banner. Un convenio especial.

—No me comprometeré a nada —receló él—. Puede ser todo un engaño, una treta...

—Puede serio, pero no lo es. Te necesitamos.

—¿Vosotros a mi? Parecéis capaces de cualquier cosa.

—Pero no somos capaces de vivir durante el día,

—Entonces... en el fondo vuestra farsa tiene algo de realidad. Sólo los espectros..., utilizan la noche para vivir.

—En ese caso, somos espectros. Es una larga historia, pero el día nos es funesto. Necesitamos a alguien que actúe en nuestro beneficio durante la luz diurna.

—¿Yo?

—Sí. Tú Banner.

—Abad, hay cosas que necesito aclarar. Habláis mi lengua, adoptáis nuestras formas. Sin embargo, afirmas proceder de otro planeta. ¿Qué planeta, exactamente?

—Eso forma parte de la larga historia que pronto conocerás. Hablar tu lengua, adoptar una forma imaginaria, crear cosas que ya no existen, no encierra dificultades para nosotros. Tenemos ciertos poderes que te dejarían atónito. Pero paradójicamente, precisamos de ti, de un humano vulgar. Que no sienta miedo, que sea capaz de enfrentarse a todos los rostros posibles que adopte el pánico.

—¿Por qué esa circunstancia?

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—No eres muy explícito.

—No puedo serlo —le señaló la noche, la oscuridad—. Es tarde. En esta época del año, en tu mundo amanece pronto. La primera luz nos obligará a desaparecer de nuevo...

—Como los vampiros —dijo secamente Banner.

—Te preguntarás muchas cosas, Banner. Creerás

haber tenido un mal sueño. Tu razón te dirá que no fue así. Tu razón..., y esto —hurgó en sus ropas una mano invisible. Cayó algo a los pies de Bruce. Este se inclinó.

—¿Qué es ello? —quiso saber.

—Sólo lo que ves. Una pequeña cruz de metal. En forma de aspa.

—Ya veo. Parece una letra equis de plata.

—No es plata. Puedes colgarla de tu cuello, como una medalla. Sencillamente eso. Cuando dudes, mírala. Sabrás que no soñaste. Sabrás que tampoco somos criaturas del infierno. Usamos una Cruz como símbolo, y eso significa algo en tu mundo, ¿no es cierto,

—Sí, pero ¿y en el tuyo? —dudó Banner,

—Quizá estemos más cerca de entender ciertas cosas que vosotros —suspiró el Abad—, No poseemos forma física, es cierto. Podría decirse que somos pura energía. Mente, en su más pura expresión metafísica. Pero las criaturas de la Creación son infinitas. Las formas de vida, e incluso la vida sin forma, no tienen fin en el universo conocido,.., y en el que aún no conocéis.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso. Banner. Trata de entender esto, antes de que nuestro tiempo se agote y, como los vampiros o los muertos que resucitan, según tú dijste antes, tengamos que volver a nuestro ámbito inmaterial. Te necesitamos para algo que deber ser hecho de día, a la luz de vuestro sol, por un ser capaz de actuar entonces a nuestro favor. Cuanto aquí te rodea en este

momento, desaparecerá con nosotros. Estarás ahí, en alguna parte. Pero tú no serás capaz de verlo.

—¿Por qué precisamente una vieja abadía, unos monjes, un cementerio olvidado..? No tiene sentido. No es nada que sugiere ideas cósmicas...

—Todo puede ser cósmico en su simbología, Banner —dijo enigmáticamente el Abad sin rostro—. Pero la primera vez que nosotros llegamos a tu mundo..., Montemort era algo más que un recuerdo medieval, perdido en el tiempo. Existían sus minas y sus monjes. Exixtía este cementerio. El tiempo carece de sentido para nosotros, Vuestro Tiempo, cuando menos. Nos gusta seguir en el mismo lugar Espacio-Tiempo. Nos gusta el sitio donde conocimos este planeta, por vez primera. Y en él seguiremos, porque en él encontramos, quizá, la auténtica puerta hacia nuestro destino y hacia otro, mundo que nos era desconocido: el vuestro, Banner.

—Una puerta..., a las estrellas —suspiró Bruce—. No sé lo que os proponéis, pero confío que no sea nada adverso para mi raza y mi mundo...

—Siempre tuvisteis el temor estúpido a un «invasor». No todos los visitantes de otros mundos serán agresivos ni malvados. Nosotros no somos «invasores», Banner. Tienes mi palabra de ello.

—Acepto esa palabra. ¿Qué debo hacer, Abad? Aún no me has referido eso...

—No necesito decirte nada. Aunque te parezca sorprendente, e incluso increíble, tú mismo obrarás conforme maestros deseos. Los acontecimientos actuarán de modo que te veas obligado a hacer lo que

de ti esperamos. Ahora, Banner..., buenas noches.

—Espera... Esa mujer, Pamela Harris..., y mi amigo, el doctor Bergman... ¿Cuándo volverán?

—No necesitarás exigirlo. Ellos volverán, Banner.

—El doctor me hubiera sido necesario ahora.

—Lo dudo» El tuvo miedo, Banner.

—Miedo... Lo olvidaba. ¿Es tan grave obstáculo?

—El peor de todos. El hombre que sienta terror, no puede ayudarnos en absoluto. Mira Banner. Ya clarea por el horizonte. Adiós. Hasta pronto, amigo.

Bruce quiso decir algo más, extendió su brazo para detener al Abad encapuchado. No lo logró. Sintió un repentino mareo, una sensación de aturdimiento... Le flaquearon las piernas, cayó de bruces.

Todo se borró de su mente y de sus ojos. Se hundió en la oscuridad. Dejó de sentir, de pensar...

SEGUNDAPARTE

LA PRUEBA

1
EL PUEBLO QUE NO EXISTIO

El doctor Lodger cambió una mirada pensativa con el comisario de policía rural, McGee.

—¿Qué piensa usted de todo eso? —indagó.

—No sé qué pensar —refunfuñó el policía, malhumorado. Contempló al hombre que yacía en el lecho de la fonda—. Podría decirse que está loco, doctor.

—Clínicamente, no lo parece —rechazó el médico.

—De cualquier modo, yo lo internaría.

—Comisario, ¿olvida la credencial que lleva este hombre consigo? Es funcionario del Gobierno.

—Si está chiflado, se le puede encerrar, ¿no? —se enfureció el fornido Joss McGee, comisario de la zona rural, sacudiendo su rubia cabeza-. La Ley me autoriza a ello.

—No es tan sencillo, comisario —rechazó el médico rural—. Existen Leyes especiales para miembros del Gobierno adscritos a Defensa Nacional. Por mi parte, creo que sería un error. Insisto en que parece normal.

—¿Normal? ¿Y habla de ciudades románicas surgidas por ensalmo en la colina? —dudó McGee, irritado.

—Eso no resulta raro, comisario —rechazó ahora Rod Cárter, presente en la reunión—. Mucha gente de la región afirma las mismas cosas.

—Pero nadie se acercó a esa supuesta ciudad en ruinas, la abadía y todo lo demás, El, en cambio, asegura haber estado allí. No sé. No me gusta este tipo.

—A ninguno nos gusta, comisario —admitió huraño Duncan Ward, el fondista.

—Algo, cuando menos, hay de cierto en su relato —señaló McGee, rascándose los cabellos bajo su casco, con el emblema de la guardia rural—, liemos hallado el helitaxi desaparecido. Justamente donde él dijo…

—Sí, es cierto —admitió cansadamente Duncan—. Nosotros ya lo habíamos visto antes.

—Pero no revelaron nada a la autoridad —se molestó McGee, mirándole agresivo.

—Lo siento, comisario. En Hillded no queríamos líos y problemas. Resolvimos ocultarlo.

—Muy inteligente. Esa es cuestión a resolver por mí mismo. **Si** informo a la policía central de su actitud, van a pasarlo muy mal. Enviarán agentes de la ciudad.

—¿No puede evitarse eso? —se quejó Rebeca Fraser, nerviosa.

Joss McGee miró a ambos, pensativo. Luego, al hombre que dormía en el lecho. Finalmente, algo molesto, a la muchacha pelirroja asomada a una ventana de la fonda.

—Banner es funcionario del Gobierno —les recordó McGee, seco—. Si él insiste en avisar a la policía de la ciudad, podrá hacerlo. Y ni siquiera yo podré evitarlo. Es cosa de él, no mía.

Amedrentados, el cantinero Duncan Ward, su amiguita Rebeca y el siempre errante Rod Cárter, clavaron sus ojos en el paciente. Esperaban lo peor, y no confiaban en la menor tolerancia por parte del hombre a quien amenazaron con matar o hipnotizar.

Sin embargo, en el lecho donde reposaba. Bruce Banner abrió los ojos y sonrió.

—No tienen que preocuparse —dijo, tranquilo—. No avisaré a la policía central. No vale la pena complicarles la vida. Ustedes creyeron obrar bien así.

Hubo un general resoplido de alivio en la estancia. El doctor Lodger cerró su maletín. Se encaminó a la salida. McGee dudó.

—Bien, eso lo arregla todo por el momento —dijo

—. Le acompaño de regreso a Borderline, doctor. Yo tampoco tengo ya mucho que hacer aquí. Banner, no olvide ir por mi oficina en cuanto pueda levantarse. Quiero que hablemos ampliamente de esa abadía y de sus ruinas, y todo lo demás. El doctor Lodger afirma que usted parece sano, y él es un médico en quien todos tenemos aquí mucha fe.

—Descuide comisario —suspiró Banner—. Me tendrá en su oficina posiblemente mañana mismo.

El comisario rural y el médico se ausentaron. Rod Cárter, solícito, se ausentó también con ellos, aunque McGee no parecía hacer demasiado caso al vagabundo.

Duncan Ward caminó unos pasos hacia el lecho.

—Gracias, amigo —dijo—. Se portó usted muy bien con nosotros. Demasiado bien, para lo que hicimos.

—No se preocupen más de eso —sonrió Bruce—. Sé lo que significa verse mezclado en una doble desaparición como la de Pamela Harris y el piloto de taxímetro aéreo. Ustedes creyeron obrar bien.

—Ha sido muy generoso —aprobó Rebeca—. Hoy le voy a hacer una comida especial.

—A eso, no tengo más remedio que decir que sí, entusiasmado —rió Banner de buen humor—. Siento un apetito realmente feroz.

—Vamos, Rebeca —habló Duncan Ward—, Esa comida estará lista en breve. ¿Te quedas a cuidar del paciente, Sharon?

—Sí —afirmó ella, pensativa—. Me quedo, patrón, si no le importa.

—Oh, no. Esta vez, Banner manda.

Cerró, jovialmente, dejando solos a ambos. La joven Sharon miró, pensativa, hacia la puerta que acababa de cerrarse. Movió la cabeza, pensativa.

—No sé… —musitó—. Hay algo en todo esto que no me gusta…

—¿A qué te refieres, muchacha?

Ella caminó hasta el lecho. Se sentó junto a Bruce, sin dar importancia a la breve falda que remontaba sus firmes muslos. El seno agresivo palpitó. Parecía preocupada.

—Duncan nunca se ha mostrado tan amable. Ni Rebeca tampoco. Son gente muy falsa. No te fíes de ellos.

—No me fío. Pero tengo apetito. Y parecen agradecidos, aunque no lo hice por ganarme su gratitud.

—A Duncan no le gusta esto, —sonrió Sharon, irónica—. Tuvo problemas anteriormente con la Ley, cuando se dedicaba al contrabando. Posiblemente por eso parece tan agradecido contigo. Pero insisto: no te fíes.

—Lo tendré en cuenta —la tomó por ambas manos, atrayéndola hacia sí—. Sharon…

—¿Sí? —ella le miró, con un mohín en sus labios carnosos, sensuales.

—Sharon, viví una terrible aventura anoche, en la vieja abadía fantasmal…

—Lo imagino —bajó la cabeza. El cabello rojo casi tapó su rostro—. Pero tu amigo…, no ha vuelto.

—No, no ha vuelto. Ni él, ni Pamela Harris…

—Pamela… —se ensombreció el gesto y también

los ojos de Sharon—. Te preocupa mucho esa chica, ¿verdad?

—Bueno, ella..., fue mi novia.

¿Fue? ¿Ya no lo es? —se animó el tono de la cantinera.

—No, ya no. Pamela es una mujer muy obstinada e independiente. Tiene un modo de pensar muy especial. Rompió conmigo. Ya no quiso saber nada más de mí.

—¿Por qué fue esa ruptura? ¿No te quiere?

— tal vez me quiera, no lo sé. Pero hice algo malo. Acompañé a una chica algunas veces. Era simple compañerismo, ¿sabes? Ella no lo entendió asi.

¿Celos?

--Es posible. Me devolvió mi palabra de compromiso, y buscó la amistad de otro muchacho. No pude convencerla de que habla un error en todo eso. Ella no acepta errores. Es fría, cerebral. Pero sin duda, una sola vez en su vida, sintió algo realmente humano. Y tuvo miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Es una sensación que Pamela jamás conoció —una sonrisa flotó en los labios de Banner. Luego, la preocupación la borró—. Hasta que, quizá, una sola vez supo lo que era temblar y sentir horror...

—No te entiendo bien. Bruce.

—Sería largo de explicar. El miedo es un sentimiento profundamente humano, Sharon. Yo tuve miedo. Pero lo supe dominar. Parece que eso significa algo.

—¿Qué, exactamente?

—No lo sé —se encogió de hombros Bruce—. Hay

muchas cosas en todo esto que ignoro.

—Anoche sufrí tanto por ti… Me preguntaba qué era de ti, qué hacías en aquella abadía… Tentada estuve de ir tras de ti, pero mi terror era tan grande, que me dominó. Sí, yo también supe lo que era tener miedo. Y me quedé, te esperé…, hasta que asomó la luz del día y fui en tu busca. Entonces te encontré allí, sin conocimiento, en medio de la colina. Busqué ayuda, te traje aquí… Duncan llamó al comisario. Por un momento, pensé que te meterían en un sanatorio para locos.

—Lo hubieran hecho , de ser yo un ciudadano vulgar —rió Banner—, A nadie le conviene aquí que se diga la verdad de cuanto sucede.

—Pero…, ¿sucede realmente? ¿No vemos todos alucinaciones, Bruce?

—No, pequeña, no —negó, acariciando sus cabellos, su mejilla, su hombro—. No vemos alucinaciones. Existe Montemort en la noche. Y existen gentes que lo pueblan. Gentes que no se parecen a nosotros. Llegadas de lejos.

—¿Son…, extranjeros? —preguntó ingenuamente la joven cantinera.

—¿Extranjeros? —Bruce sonrió, afirmando—. Sí, son extranjeros. Extranjeros en nuestro mundo, en el planeta Tierra… Llegados de las estrellas, sin duda…

—¡Las estrellas! —se asombró Sharon, mirándole con expresión de incredulidad—, ¿Hablas en serio. Bruce?

—Jamás dije nada más seriamente —afirmó él. Señaló a la ventana abierta, por la que entraba la luz

del sol radiante y tibia—. De algún confín remoto de los mundos y de las galaxias…, llegaron esos seres. Y su puerta en la Tierra, fue extraña e insólita: una vieja abadía en ruinas, un cementerio románico, un pueblo llamado Montemort…, quizá porque ellos llegaron aquí en la remota Edad Media. Pero para algunos pueblos del universo, Sharon, aunque tú no puedas entenderlo…, ni siquiera existe el Tiempo…

—Las estrellas… —musitó de nuevo Sharon Keenan —. Increíble…

* * *

—Sí, Banner. Increíble de todo punto —rechazó abruptamente el comisario Joss McGee, paseando por su despacho del edificio policial en Borderline—. ¡Las estrellas!

—Le he dicho la verdad, comisario —insistió Bruce.

—Las estrellas… Escuche, Banner, Estamos hartos de enviar naves espaciales desde la Tierra. Que yo sepa, nadie encontró nada viviente que valiera la pena. ¡Y usted encuentra toda una raza de seres de otros mundos, viviendo como fantasmas en unas ruinas que ni siquiera existen ya!

—Sé lo absurdo que suena todo, comisario. Soy el primero en aceptar lo insólito de la historia, pero ahí está. He visto cosas tremendas e increíbles anoche, tenemos entre nosotros a visitantes de otro planeta.

Gente pacífica. —Aunque eso fuese cierto, ¿dónde están ahora Brenda Deming, Pamela Harris, los pilotos de helitaxis, su amigo el doctor Bergman…? ¿Dónde,

Banner?

Bruce se encogió de hombros. Sacudió la cabeza. —No tengo todas las respuestas —manifestó—. Pero tengo el presentimiento de que volverán a nosotros.

—¡Volverán! ¿De dónde? ¿De esas falsas ruinas, desde el espacio exterior, o a bordo de un platillo volante?

—No puedo saberlo. Digo lo que ellos dijeron. —Ellos... ¡Una superraza, capaz de hablar nuestra lengua y entenderse con nosotros, pese a ser biológicamente diferentes! Suena a patraña, a novela barata, ¿No ha pensado que pudieron embaucarle simplemente con un poco de hipnosis haciéndole ver lo que no existe, y pretendiendo endilgarle un cuento de hadas?

—Lo he pensado, sí —negó ahora Bruce con la cabeza—. Estoy convencido de que no fue ese el caso.

—¿Por qué está tan convencido?

—No sabría explicarlo. Lo presiento. Esa gente parecía sincera. Y no eran de este planeta.

—¿Cómo llegaron, en ese caso? ¿Vio usted alguna nave espacial? —interrogó bruscamente McGee.

Bruce Banner pareció repentinamente sorprendido. Negó con un movimiento de cabeza, algo indeciso.

—No —admitió—. Eso no.

—Vaya... De modo que cayeron en nuestro mundo como meteoros. Directamente desde el vacío espacial. Un original y fantástico modo de viajar por el cosmos.

—No sé cómo podrían hacerlo. Sólo sé que están aquí. Que quizá lleven siglos de nuestro tiempo, que no es el suyo, esperando algo...

—Esperando, ¿que? ¿No se lo dijeron?

—No. No me dijeron nada apenas. Aseguraron que descubriría las cosas por mí mismo.

—¿Y ha descubierto ya algo?

—En absoluto —confesó Banner con un suspiro.

—Pues así seguirá durante mucho tiempo. ¿Se le ha ocurrido pensar que podrían ser enemigos nuestros, y estarle utilizando a usted como un involuntario cómplice de sus planes contra nosotros?

—Ya salió la xenofobia —suspiró Banner—. ¿Por qué el extraño ha de ser siempre un adversario?.

—Porque es peligroso confiar en un desconocido. Y, sin embargo, no es peligroso desconfiar de todos, para evitarse desagradables sorpresas. De momento, ellos saben dónde pueden estar las personas desaparecidas. Pero no lo revelan. Ni las devuelven.

—Eso es cierto —convino Bruce—. Forma parte del pacto.

—¿Qué pacto? —indagó, rápido el policía rural.

—El nuestro* Yo les ayudaré en algo. Ellos libertarán a esas personas. Me dieron su palabra.

—¡Su palabra! Ni siquiera sabe usted qué clase de entes o criaturas son, realmente..., y acepta su palabra.

—Quiero tener fe en los demás. Y esperar a ver si esa fe es merecida o no, simplemente. Por peligroso que sea el juego, yo acepté sus reglas. Y pienso cumplirlas a mi vez, respetando lo establecido.

—Muy bien —respondió McGee—. Puede irse, Banner. Es usted miembro de un organismo gubernamental, pero si quebranta la Ley de alguna forma... ¡prometo encerrarle en una celda inmediatamente!

—Muy bien —Bruce se puso de pie. Miró fríamente a McGee—. Procuraré que eso no suceda, comisario.

Salió del edificio de la policía rural en Borderline. Se alejó por la calle principal de la población, rectilínea y amplia, con edificios sencillos y rústicos. Había tiendas abiertas, gentes paseando, y todo tenía un aire provinciano que la civilización mecanizada y tecnológica no había logrado disolver aún.

Sharon le esperaba en el vehículo que Banner había tomado para cubrir la distancia Hillded-Borderline: un sencillo turbomotor, apto para todo terreno.

—¿Cómo fue la entrevista con el comisario McGee? —se interesó ella, curiosa.

—No muy bien. Duda de todo y de todos. No admite que las cosas ocurriesen como yo relaté. Y aun en el caso de aceptar la presencia de… de «extraños», teme que sean enemigos en vez de visitantes amistosos,

—¿Pueden serlo?

—Bueno, podrían haberme engañado, pero no creo que ése sea el caso, Sharon —confesó Bruce—. Sólo que McGee es un hombre de poca fe, un típico polícia que desconfía de todo el mundo. Volvamos a Hillded. Empiezo a sentirme cansado hoy. Mí ayuda a las gentes de la noche ha sido nula por ahora.

—Tal vez pronto puedas hacer algo por ellos —comentó Sharon, mientras Bruce ponía en marcha el vehículo—. Aún faltan un par de horas para la puesta de sol. A veces, en ciento veinte minutos, pueden suceder muchas cosas, Bruce.

Banner asintió distraído, sin dar mayor importancia al trivial comentario de su bella compañera.

Sin embargo, no tardando mucho, tuvo que recordarlo como una premonición. Y eso fue precisamente esa misma tarde. Poco antes de que el sol llegase a tocar la línea del horizonte.

Para entonces, el drama había estallado ya en torno a Bruce Banner.

LOS «OTROS»

—Cuidado —susurró Sharon—. No sigas.

Banner detuvo el vehículo, malhumorado. Cambió una mirada con su joven compañera, que sonrió. Alrededor de ellos, la campiña aparecía tranquila y serena.

—Este maldito vehículo... —se irritó él—. Tendré que repararlo, si queremos llegar a la fonda antes de la noche.

—Es lo malo de los vehículos antiguos —suspiró ella—. Confío en que sólo sea una de las cintas de rodaje, por el ruido que hacía al desplazarse.

Banner salió al exterior. Sharon había tenido razón. Era una de las bandas de rodaje, que daban la articulación rodante al vehículo a turbina. Busco un repuesto y lo encontró, iniciando la tarea.

Sharon bajó del vehículo. Caminó por el suelo cubierto de hierba. Respiró el aire de la tarde, con un agresivo adelantamiento de su busto. Luego, rió, corriendo hacia la ladera.

—Espera —dijo—. Traeré agua fresca del arroyo. Te hará falta cuando termines...

Banner la dejó hacer. Terminó la labor en menos de diez minutos. Se incorporó con las manos manchadas de grasa. Esperó el regreso de Sharon. Ella no volvía.

—Esa muchacha... —masculló, dirigiéndose al arroyo.

No vio a Sharon por parte alguna. Malhumorado, arrugó el ceño. Buscó en derredor.

—¡Sharon...! ¡Sharon...!

Ni una voz, ni un crujido de arbustos o de cañaverales. Ni una respuesta.

Empezó a inquietarse. El era responsable de la seguridad de aquella muchacha. Y no quería que le sucediese nada por un descuido suyo.

Empezó a recorrer la orilla del arroyo. Tal vez ella quería bromear, ocultarse para sobresaltarle...

—¡Sharon! —repitió de nuevo.

No tuvo respuesta tampoco esta vez. De repente, la vio. Supo que no era una broma.

Sencillamente, estaba allí. Frente a él. Entre un cañaveral y el agua del arroyo.

—¡Dios mío! —jadeó Banner, inclinándose rápido sobre la muchacha tendida en el agua cristalina.

Ya era tarde. Sharon estaba muerta.

—¡Muerta...!

Eso era horrible. Una muchacha hermosa, agresiva, arrogante, llena de vitalidad... Y había muerto.

Pero no era lo peor. Había un detalle más siniestro y terrible. Sharon yacía sobre un charco de sangre.

Había muerto asesinada.

Los golpes en el cráneo eran reveladores. Le habían hundido la base del cráneo. Ni un grito de ella reveló la tragedia. Tenía los ojos desorbitados, fijos en el vacío ahora. En su asesino, quizá, cuando fue atacada.

—[redacted]Sharon, criatura... —susurró Banner, lívido.

Tuvo rápida consciencia de que alguien estaba a su espalda, mirándole fijamente. Se volvió en redondo.

—¡Rod! —rugió—. ¡Rod Cárter! ¡Usted.,.! ¡Usted tuvo que ver quién la mató...!

—Sí... —jadeó el vagabundo. Le señaló bruscamente, con aire dramático—.Usted... ¡Fue usted, Banner! ¡Usted mató a la chica...!

—¡Cárter, espere! ¿Se ha vuelto loco? —gritó Bruce, corriendo hacia él.

Rod Cárter, con insospechada agilidad, echó a correr, perdiéndose en la espesura inmediata. Banner corrió tras él. Oyó sus voces agudas, estridentes, acusadoras:

—¡Socorro! ¡Favor! ¡Me persigue! ¡Bruce Banner me persigue! ¡Mató a Sharon Keenan y ahora quiere matarme a mí, que fui testigo...!

Bruce Banner gritaba algo roncamente, tratando de disuadirle de aquel tremendo error. Pero todo parecía inútil. Cárter corría como un desesperado.

Buscó el lugar donde dejara su vehículo, para perseguir a Cárter en él y darle alcance antes de que fuese demasiado tarde.

—Quizá el propio Cárter, el rufián..., hizo eso —jadeó Banner, sin dejar de perseguir a su acusador—. Y ahora quiere echarme las culpas encima...

Cuando llegó al claro donde dejara el vehículo recién reparado, le esperaba la segunda v desagradable sorpresa de la tarde. El sol tocaba ya la línea del horizonte. Su roja luz reveló la presencia de un hombre alto, erguido. Y el brillo metálico de un arma electrónica de reglamento, en su mano enguantada.

—Un solo movimiento, Banner, y es hombre muerto —amenazó la fría voz del hombre.

—Comisario McGee… —jadeó Bruce, muy pálido —. Usted…

—Está arrestado —dijo fríamente—. Acusado del asesinato de Sharon Keenan…

—Sí, comisario —afirmó Rod Cárter glacialmente —, Es él. Es el hombre que atacó y asesinó a Sharon.

—Cielos, Banner… —le miró con angustia Duncan. Ward—. ¿Fue capaz… de semejante cosa?

—Es un enfermo mental, un maníaco —aseguró Cárter, señalándole—. La perseguía, pretendía algo horrible.

—Sharon estaba enamorada de él —declaró Rebeca, atónita—. No debió hacer eso. Ella hubiera sido suya de buen grado, Banner…

—Mejor será que se retiren —dijo secamente McGee—. El preso no confesará, pero no es necesario. Tenemos a Cárter de testigo. Yo mismo le vi intentando huir… El doctor Lodger dictaminará si se le interna en un sanatorio, a la espera de ser examinado. En casos de homicidio, la inmunidad de los funcionarios del Gobierno no se pierde automáticamente.,.

Duncan Ward y Rebeca Fraser abandonaron la

prisión. Se quedó solo Banner con el comisario McGee y el doctor Lodger, ambos al otro lado de la reja que le mantenía encerrado. Más allá, Rod Cárter reía entre dientes.

—Tienen que haberse vuelto todos locos -—masculló Bruce—. ¿Es que no se da cuenta, McGee? Yo sería incapaz de hacer daño a esa chica. Fue cosa de Cárter. El debió agredirla y matarla… Luego, me acusó a mí.

—¿Seguro? —rió McGee—. Eso no suena muy bien.

—No, no lo aceptará el jurado —convino el doctor Lodge con extraña sonrisa—. Es un relato demasiado simple. Una defensa burda la suya, Banner.

—El cadáver de la chica está soliviantando a la gente —señaló Cárter, volviéndose—. Todos contemplan el cuerpo expuesto en la funeraria, comisario.

—Sí, eso siempre hace efecto. Es posible que intenten lincharle, Banner.

—Usted deberá impedirlo. Es la Ley, McGee —le avisó Bruce Banner.

—Quizá no pueda hacer gran cosa por usted. Lástima, Banner… Se creyó tan listo que podía ayudar incluso a visitantes de otros mundos…, ¡Y ahora es sólo un presidiario, con una acusación de asesinato.

—No sé lo que sucede. No lo entiendo bien, comisario, pero todo esto es un complot, un total disparate.

—Claro —rió McGee entre dientes—. Todos dicen lo mismo. ¿Vamos, doctor? Dejemos que el preso

reflexione consigo mismo sobre los sucesos de hoy. En el interior dé esa celda, no es fácil que pueda reunirse con sus amigos, los fantasmas de la abadía de Montemort…

Y riendo extrañamente, los tres hombres se alejaron. Bruce Banner se quedó a solas con su ira, con desesperación con total impotencia para salir de aquella sólida celda o para convencer a nadie de su inocencia.

Había caído la noche. Asomó al ventanuco, subiéndose en el lecho. Miró al exterior. No era visible la colina de Montemort, desde la prisión de Borderline. Esta noche no había nubes ni llovía. Se preguntó qué podría hacer ahora por sus amigos de la abadía medieval.

Estiró sus manos, furiosamente, intentando cuando menos cerrar sus dedos, en frenético gesto de ira, allá afuera, bajo el cielo nocturno. Ocurrió algo insólito.

Sus manos chocaron con algo en el aire.

Como si en el ventanuco enrejado hubiese un vidrio grueso o un cuerpo sólido. Y no había nada. Perplejo, lo intentó de nuevo. Se hizo daño en las manos. Se echó atrás, después del inexplicable choque.

—No entiendo… —jadeó—. ¿Qué sucede,..?

—Buenas noches, Banner —dijo una voz—. Vengo a visitarte…

Bruce dio media vuelta. Saltó del lecho, aturdido, incrédulo. Sus ojos se desorbitaron ante la visión increíble. Otro, en su lugar, hubiera gritado aguda, desesperadamente, presa del pánico.

El, no. Nuevamente se contuvo, mirando aturdido

a aquella persona que lo visitaba de noche. Aquella persona completamente insólita, imposible…

—Tú… —susurró—. Sharon.

Era ella.

Sharon Keenan. Resucitada, al parecer. Cuando menos, llena de vida, sin sangre en sus cabellos rojizos. Con una fría, extraña, distante sonrisa en su rostro hermoso.

—Sharon… —musitó, angustiado—. No puede ser…

—Estoy aquí, ¿no. Bruce? —dijo ella, sarcástica.

—Cielos, sí. Pero debo imaginarlo. Acaso hipnosis, alucinación… Como ese vidrio invisible en el ventanuco…

—No es un vidrio —dijo la resucitada—. Es magnetismo, Bruce.

—¿Qué?

—Fuerza magnética. Una muralla invisible. Impide que salgas de esta celda de algún modo. Pero también que alguien entre… Vamos, estira los brazos. Prueba a tocarme…

Banner lo intentó. Pasó las manos entre los barrotes. Eso fue todo. Tocó esa pared invisible, que dañó sus dedos. Como en la ventana enrejada, la puerta de la celda aparecía herméticamente cerrada, inviolable.

—Magnetismo… —susurró Banner-—. Pero ¿qué significa esto, Sharon? ¿Qué me está sucediendo ahora?

—Lo que tenía que sucederte. Fuiste muy ingenuo al hablar de lo de anoche. No podíamos permitir que siguieras adelante, Bruce.

—No podíais permitirlo... ¿quiénes? —masculló Bruce.

—Nosotros. Los... los «otros».

—¿Los... otros.

—Los que se integraron. Bruce. Los que debíamos ser combatidos por tus amigos de la abadía. ¿Es que aún no lo entiendes?

—Cielos, no es posible... Ellos..., ellos son diferentes. Pero tú, Sharon..., Tú eres humana...

—En apariencia solamente —rió ella, irónica—. La prueba es que mi cuerpo ensangrentado sigue en la funeraria, para que todos se enfurezcan contra ti, mi presunto asesino. Este es otro segundo cuerpo idéntico. El de una chica que se llamó Sharon, y que ya no existe. Como no existen otros de esta ciudad...

—¿Quiénes, Sharon? —tembló Banner, imaginan do la respuesta.

Y por si había dudas, allá en el corredor, aparecieron, fríos, sombríos, despiadados, mirándole con sarcasmo, tres hombres: Rod Cárter, el doctor Lodger..., ¡y el comisario Joss McGee!

—Ustedes... —dijo Banner, aturdido—. Ustedes son... de «ellos»..,

—Sólo queda la envoltura de los originales —rió McGee, acercándose—. Los cuerpos no son útiles para vivir como si fuéramos otros seres humanos. Es sólo un disfraz. Hubo un comisario McGee, un doctor Lodger...

—¿Y Duncan, y Rebeca?

—No, esos no. Por ello convenía disimular en su presencia. Ellos son quienes aparentar ser, sencillamente.

—¿Y... ustedes todos? ¿Qué son?

—Pura mente. Energía intangible, Banner. Usted sabe lo que es eso —dijo McGee—. Vio ya a nuestros semejantes en la abadía, ¿no es cierto?

—Sus semejantes... Entonces, TODOS pertenecen a una misma familia o raza,..

—Aproximadamente. Y, como en toda familia o raza, tenemos diferente modo de ver las cosas. Queremos quedarnos. Formar parte de la familia humana...

—Eso no puede ser. Es físicamente imposible, puesto que son otra forma de vida.

—Estamos haciéndolo, ¿no? —rió McGee—. Hemos alterado las normas establecidas. Podemos elegir una envoltura humana. Así nos extenderemos por el mundo, y lo manejaremos a nuestro antojo, Banner.

—¿Ese es su modo de pensar?

—Exacto. Como le dije, hay «visitantes» que desean «invadir». Nosotros somos un vivo ejemplo.

—Para ocupar un cuerpo humano..., ¿destruyen previamente al ser que fue con anterioridad?

—Inexorablemente— suspiró Sharon—. Aniquilamos su voluntad y su cerebro. Ocupamos su lugar. Todo sigue igual en apariencia.

—Sólo en apariencia. En realidad, es una matanza,

—Matanza de habitantes de la Tierra —se encogió de hombros McGee—. ¿Qué valor tiene eso para nosotros?

—Y el Abad, y los demás de la abadía de Montemort..., ¿qué pretenden?

—Destruimos —expuso brevemente el doctor Lodger—. Devolvemos a nuestro mundo. Eso es lo que pretenden.

Y querían valerse de usted, Banner, para lograrlo de una vez por todas.

PUERTA… ¿A DONDE?

Era una pesadilla.

La peor de todas. Mil veces peor que la dantesca exhibición fantasmal del cementerio románico. Era una pesadilla obsesiva, angustiosa. Otra forma de presentarse uno de los rostros del Miedo. Quizá el más feo y terrible de todos los rostros imaginables.

—Yo… —susurró Banner, angustiado—. ˆYo… lograr lo que ellos no pudieron hacer? ¿En qué forma?

—El Miedo —rió Sharon—. Es el arma.

—¿El… arma?

—El mundo tiene miedo. Siempre lo tuvo. El ser humano es temeroso. Su mente le hace sentir angustia, terror, miedo, incluso pánico desenfrenado… Todo depende de aquello que se lo provoque. El miedo puede ser natural. O artificial, Banner.

—Ellos intentaron asustarme entonces. No lo lograron.

—Oh, claro que no. Por eso supusieron que habían encontrado su hombre. El elemento vital para su proyección. Lástima grande, Banner, que usted mismo haya estropeado el plan. Lástima para ellos, claro. Y ventaja para nosotros —rió McGee—, Por el Miedo, íbamos a ser vencidos.

—No puedo entenderlo.

Es fácil. Nuestras mentes sólo tienen un punto débil: el terror. Pueden llegar a enloquecer y ser destruidas por medio del pánico. No es el terror que ustedes sienten por cosas grotescas y ridículas, claro. Es un miedo diferente. Un miedo biológico, mental. Pero que haría presa también en un ser humano, de ser posible crearlo, para atacamos. Nuestros.,, parientes, idearon una lenta forma de dar con su arma: hallar al hombre capaz de dominar y controlar su miedo. Si daban con él, sería portador de la radiación del terror mental, y nos destruiría a todos, al no sufrir él daño mental alguno por miedo de las ondas de miedo biológico. ¿Entiende, Banner?

—Sí, entiendo —asintió él—. Ahora, sí. Por eso experimentan, creando todas las formas imaginables de terror que el ser humano padece. Buscan quien resista, quien domine ese miedo, para... pedirle ayuda y hacerle su aliAdo,

—Exacto —afirmó Sharon—, Tú has sido el que salvó la prueba. Tú eras el elegido. Debías seguir adelante, ignorante de todo, hasta que ellos te transmitiesen la orden y tú acabaras con nosotros» Pero aquí, en una celda magnética, aislada totalmente de TODOS nuestros hermanos de raza, nada pueden hacer con ellos por entrar. Han perdido la batalla. Cuando sea de día, posiblemente te lincharán, Banner, en las calles de la población. Todo habrá terminado entonces. Para ti, para nosotros... y para nuestros adversarios, los que conociste anoche.

Ahora se daba cuenta de la magnitud de los hechos

acaecidos. Desgraciadamente, nada podía hacer ya por evitarlo. Había encontrado a «los otros». A los auténticos agresores de la especie humana.

Quizá transcurrirían más y más años de paciente espera por parte de los monjes de la abadía. Quizá nunca podrían ya extirpar de la Tierra a los que aprovecharon los cuerpos humanos para sus instintos de dominio y de invasión paulatina del mundo…

—Dios mío… —musitó McGee con helada sonrisa.

-—Cuando menos… me gustaría saber… de qué planeta, de qué galaxia proceden todos…

Los tres hombres y Sharon se miraron, irónicos, Luego, le contemplaron a él. Fue Sharon la que respondió.

—Hubo un error de interpretación en todo esto, querido —dijo—. No pertenecemos a NINGUN planeta en especial…

—¿Qué? —se sorprendió Banner, sin entender.

—En realidad, somos extraños en tu mundo, pero no vinimos del espacio que vosotros conocéis y exploráis, sino de otro espacio más complejo y fantástico.

—¿Acaso es…?

—OTRA DIMENSION, Banner —afirmó

McGee, completando la sospecha repentina de Bruce—. Esa es la respuesta. Llegamos de otra dimensión. Hay una puerta abierta para nuestra raza, y así penetramos en vuestro mundo, o salimos de él, a voluntad…

—Entiendo… Pamela, Brenda, Bergman…, ¡todos…en…OTRA dimensión!

—Sí, Banner. Eso es lo que hicieron con ellos —afirmó Sharon fríamente.

Bruce Banner volvía á estar solo.

No pudo sospechar que otros seres humanos fuesen «extraños» en su interior, dispuestos a ir extendiéndose por el mundo.

En alguna parte, una puerta por alguna alteración del orden establecido, dejaba paso de una Dimensión a otra. Entes que eran pura energía invisible, llegaban a la Tierra. Y no todos eran pacíficos visitantes.

Ahora entendía al Abad y los demás. Sus experimentos con el terror, su extraña actitud amistosa… Buscaban a los evadidos de su propia Dimensión, los que pretendían alterar la existencia de un planeta, sólo por afán de extenderse en una nueva forma de vida que les complacía.

En todos los mundos los seres podían tener ideas buenas o malas, obrar legal o ilegalmente…

Y eso sucedía también con ellos, después de todo. Quizá como tantas otras veces en la historia de los seres vivos, serían los segundos quienes venciesen en la eterna pugna del Bien y el Mal.

Bruce Banner paseó por su celda. Supo que no existía solución. La noche avanzaba. Los seres de la Abadía no podían acudir. El magnetismo terrestre era su muro insalvable. Y no estaba en manos de Banner abatir ese muro invisible.

—Dios mío, pensaría que todo, absolutamente todo es mentira, forma parte de una terrible pesadilla…, si no fuera… porque aún conservo lo que el Abad me entregó…

Desabotonó su camisa, palpó la cruz en aspa, de metal plateado...

Al hacerlo, una repentina sensación inexplicable, de angustia y miedo a la oscuridad, de terror a la soledad, asaltó su mente.

Trató de combatir aquella incómoda impresión. Le costó trabajo conseguirlo, Al final, retiró los dedos, con un suspiro de alivio. Ya no tenía miedo alguno.

Perplejo, contempló la cruz en aspa, colgaba de su cuello. Recordó al Abad del hábito sobre una figura sin forma física. Recordó lo que dijera.

Y, de súbito, creyó entender,

—Cielos... —jadeó—» Si fuera así..., todavía no se habría perdido todo

En el fondo de sus pupilas brilló algo parecido a la esperanza.

Los gritos de la gente, en torno a la prisión, se elevaron en la quieta mañana cuya luz se hacía ya anaranjada al surgir el sol.

—¡Muerte! ¡Muerte al asesino!

—¡Linchemos al criminal!

Las voces se repetían hasta la saciedad. Oyó golpes de piedra en los muros. Afuera,, la voz de McGee pretendía ser enérgica.

—Vamos, marchaos todos —decía—. Desalojad la calle. Se juzgará a ese hombre y se hará justicia.

—¡No es cierto! —aulló una voz, en la que reconoció a Rod Carter—. ¡Es un funcionario del Gobierno y saldrá con bien de todo esto, maldito asesino!

—¡Sí, sí! ¡A muerte...!

La turba avanzaba. McGee penetró en la prisión, con gesto sarcástico. Miró al preso.

—Lo siento, Banner —dijo—. No puedo disparar contra mis vecinos. Dejaré que me golpeen y aparten. Lo demás, es cosa de ellos…

Banner vio en la puerta al doctor Lodger, a Cárter… E incluso a Sharon, oculta tras una puerta, dentro del recinto de la prisión, disponiéndose a salir por la parte posterior, para no ser vista.

—Adiós, Bruce —dijo ella—. Lo siento de veras.

Banner no dijo nada. Se limitó a esperar. La turba penetró. McGee fue echado a un lado. Alcanzaron la celda, la abrieron, tras quitarle las llaves al comisario. Banner fue conducido al exterior entre todos.

—¡Muerte, muerte! —sonaban las voces, furiosas.

Bruce Banner no forcejeó. Cuando se vio en la acera, con McGee y con el doctor Lodger tras él, y Rod Cárter sujetándole con fuerza, llevó la mano a su camisa.

Soltó el cuello. Empuñó la cruz en aspa. La alzó, sacándola a la luz del día, ante los ojos sorprendidos de los «extraños» de humana envoltura.

Hubo un alarido colectivo y terrible. McGee, Lodger y Cárter, retrocedieron, mientras de la cruz en aspa surgía un vivo resplandor que los envolvía. Ondas mentales de terrores desconocidos para los hombres de la Tierra, azotaron a aquellos seres. Tras la edificación hubo un largo chillido de mujer. ¡Y Sharon surgió, a la carrera, despavorida, frotándose las sienes, exasperada, aullando, ante el estupor de todos los linchadores!

Ojos atónitos contemplaron a la joven a quien creían muerta, llena de vida ante todos. Los linchadores soltaron instintivamente a Banner.

—¡Vedlos! —gritó, sin soltar la cruz en aspa—. ¡Son enemigos de todos nosotros! ¡Son auténticos criminales sin conciencia! ¡Ella vive, y estaba de acuerdo con ellos para aniquilarme! ¡Pero ved cómo la cruz aniquila a esos espíritus del Mal!

Hablaba así para que la gente comprendiese en su corto alcance. Y lo que era un terror científico, psicomental, se convertía así en algo sobrenatural, a ojos de todos.

La cruz en aspa, con su centelleo cegador, parecía llevar hasta los cerebros superiores de aquellos entes de otra Dimensión, una forma de terror mortífero, acaso la más terrible e insospechada faz del pánico, programada por una raza diferente.

Fuese como fuese, paulatinamente, dejaron de retorcerse los cuerpos, dejó de emitir luz cegadora la cruz en aspa.

Y ante el pánico de todos los presentes, los cuerpos de todos ellos se tomaron extraños, retorcidos, oscuros y deformes, como si una fuerza superior los carbonizase y destruyese…

Con gritos de pavor, se disolvió la multitud.

Bruce Banner, siempre sosteniendo la cruz en sus dedos, avanzó por el pueblo desierto, en busca de algún vehículo para alejarse de Borderline… —Bien, Banner. Fuiste como esperábamos. Un hombre valeroso, inteligente y decidido.

—Pude haber fracasado.

—Podías fracasar, sí. Pero yo sé en quien confiar... —el Abad, ahora, hablaba apaciblemente, en el atrio de la abadía románica. El canto litúrgico se alejaba. La procesión de monjes, en esta nueva noche de contacto con lo irreal, se alejaba pausadamente.

—Esa cruz era la clave, ¿verdad?

—Esa cruz era el arma. Emitía las ondas de pánico mental. Las que aniquilaron toda posible actividad psicomental de esos seres evadidos de nuestra Dimensión, con Ideas agresivas y crueles. Ellos también utilizaron la puerta. Nuestra «puerta» a vuestra dimensión, hallada por puro azar.

—Y esa puerta... ¿cuál era realmente? ¿La abadía, estas ruinas, el cementerio...?

—No, Banner. La puerta era algo más intangible: una tempestad».

—¡La tempestad de cada noche...!

—Eso es. Así volvíamos a vuestra Dimensión. Esa tempestad es la puerta. Es una tempestad provocada, que ya nunca se repetirá. Volvemos a nuestro mundo. Los que se evadieron, han perecido.

—¿Y ahora...?

—Ahora, cumpliré mi palabra, Banner. Encontré a un hombre sin miedo, y nos fue útil, como yo esperaba. Ahora, mi parte en el pacto va a cumplirse. Recibirás a tus amistades. El doctor Bergman, Pamela Harris, Brenda Deming y los demás... Todos cautivos en la Otra Dimensión, regresarán a la tuya, a seguir viviendo en ella.

—Gracias, Abad... ¿Nunca sabré realmente, cuál es vuestra Dimensión?, ¿cuál vuestro modo de vida...?

—No. No vale la pena. Es mejor evitar que se abran puertas accidentales de uno a otro modo de vida. Ahora, Banner, adiós, amigo. Y gracias…

Luego, lentamente, como jirones de niebla, se empezó a diluir todo, en torno de Banner.

Otra vez le flaquearon las piernas, cayó de bruces.

Y no supo más.

CONCLUSION

—Bruce… Es una historia increíble…

—¿Increíble? Vosotros deberíais admitirla. Tenéis que saber algo de… esa Otra Dimensión.

—Te confieso que no—suspiró Bergman—. Apenas vi aquel horror en el cementerio, me desvanecí… y ahora he vuelto en mí. No sé nada de cuanto sucedió, pero tu historia, aunque increíble… debe ser la realidad.

—¿Ya crees en mí, Nils? —rió Banner.

—No tengo otro remedio, amigo mió. Creeré siempre en tu historia, aunque no me gusten las fantasías. Sólo una cosa fantástica puede explicar, **en** parte, cuanto sucedió esa noche.

—Y cuanto sucedió después…

—Bruce, ¿podrás perdonarme alguna vez?

Giró la cabeza. Era ella la que hablaba: Pamela. .

Estaba extrañamente dócil y humilde. Hermosa como siempre. Pero muy cambiada.

—Sí, Pamela. Somos seres humanos. Y ahora me alegro de ello más que nunca. Aquellos seres, falsamente humanos…, eran crueles y malignos. No

pensaban sino en el mal…

—Bruce, debí atenderte aquella noche. Nunca hubiera sucedido lo que sucedió, de haber escuchado tu llamada.

—Pero quizá las cosas hubieran sido diferentes. Y seres de otra dimensión hubieran invadido la Tierra, con las peores intenciones. No. Ha sido mejor, así, Pamela…

—Bruce, y esa chica, Sharon… ¿no la recordarás demasiado, tal vez?

-—Sharon nunca existió realmente para mí. Cuando la conocí, ya no era Sharon, sino un ser extraño, sin forma ni envoltura física salvo la que robaban a otros… No, Pamela. Todo eso está olvidado ya. Definitivamente.

—¿Y… volverá a ser todo como antes?

—Mucho mejor que antes, sin duda alguna —rió él.

—Oh, Bruce, gracias… Gracias, cariño por olvidar…

* * *

Bruce Banner tuvo razón.

Todo fue mejor que antes. Pamela Harris había aprendido una dura lección. Supo que si volvía **a** formar parte de su propio mundo, era gracias al hombre a quien había vuelto. Y que él era el más fuerte todavía.

En realidad, con el tiempo se olvidó toda la fantástica historia de aquella visita a seres de otra Dimensión, llegados a la Tierra a través de una puerta

Pero el recuerdo de tan increíble «invasión», quedó por siempre en su memoria. Y en la de los funcionarios del Gobierno, que procuraron pensar en el futuro y prever posibles prodigios como aquél.

A fin de cuentas, existían otros seres inteligentes, otras formas de vida y otras comunidades que, cualquier día, podían llegar a nuestra propia Dimensión, a través de cualquier «puerta» ignorada e insospechada. .

Sí. Esa era la historia que todos mantenían viva en su memoria. Y que esperaban sirviera, cuando menos, como enseñanza y ejemplo para el futuro.

El mundo avanzaba hacia su perfección social y humana, pero siempre quedaba algo ignorado, algo por conocer.

Algo que podía estar entre nosotros, incluso, sin saberlo nadie.

Algo que, tal vez, ya esté *hoy* entre nosotros.

F I N